9932

ANTA ISABEL DE CERES

(TRAGEDIA POPULAR EN CINCO ACTOS)

POR

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910
Calle de Mallorca, núm. 166

10

SANTA ISABEL DE CERES

PRINTED IN SPAIN

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ANTA ISABEL DE CERES

(TRAGEDIA POPULAR EN CINCO ACTOS)

POR

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
an medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910
Calle de Mallorca, núm. 166

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Isabel.	*Josefina Santaularia.*
La Romántica.	*Isabel Barrón.*
La Loca de la risa pinchante.	*Rafaela Sotorres.*
La Encarna.	
La Lectora.	*Ana María Quijada.*
Matilde.	*Milagros Leal.*
Luisita.	*Helena Cortesina.*
El Ama Tuerta.	*Ofelia Cortesina.*
Trini «la Pequeña».	*Mercedes Galcerán.*
Vieja de los gritos.	*López Romero.*
La Antonia.	*María Teresa Manduit*
Mujer de la derecha.	*López Romero.*
Idem de la izquierda.	*María Corona.*
Pupila 1.ª	*Amalia Raure.*
Idem 2.ª	*Natividad Giménez.*
Una vieja.	*López Romero.*
Doncella.	*Paquita Sánchez.*
León.	*Ramón Martori.*
Abel de la Cruz.	*Manolo Collado.*
Papá de la señorita Sagrario.	*Carlos Martínez Baena.*
El Niño de Vélez.	*Pereda.*
El Juez.	*Ricardo de la Vega.*
Empleado de la Cárcel.	*Castillo Olivares.*
Alguacil.	*Gabaldón.*
Periodista.	*Crespo.*
Don Damián.	*Pérez de León.*
Un flamenco.	*Vázquez.*
El Cantaor.	*Ballesteros.*
Un recluso.	*Pérez de León.*
El señor Paco.	
Señorito 1.º	*Gabaldón*
Idem 2.º	*Crespo.*
Idem. 3.º	*Olivares.*
Secretario.	*Vázquez.*

PALABRAS DEL AUTOR

EN TELÓN BLANCO, CON LETRAS MUY CLARAS:

NO TEMA:

YO, SEÑOR, SOY BUENO
Y HE DE HABLARLE EN
NOMBRE DE LA JUSTICIA,
DE LA CARIDAD Y DEL
AMOR...

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

ACTO PRIMERO

TITULO: NOCHE DE JUERGA

Sala lujosa, con muebles lindos y cómodos; grandes espejos a manera de cuadros, distribuídos convenientemente por las paredes pintadas o empapeladas de rosa; ricas alfombras, mesitas frágiles con centros artísticos; butacas, una «chaise-longue»... Puertas practicables a los lados; al fondo, balcón entreabierto. Del techo pende un gran foco apagado. Las dos y media o las tres de la madrugada.

ESCENA I

La Encarna, Tres señoritos. Después *Luisita, Lola (Isabel), La Romántica, María Teresa, Matilde* y *Trini «la Pequeña».*

(Golpean escandalosamente la puerta de la izquierda por dentro. La Encarna, gruesa y opulenta, sale por la de la derecha, y atraviesa la sala oscura para abrir. Abre y entran los tres señoritos, que están borrachos y tropiezan contra los muebles.)

LA ENC. Esperad que encienda... ¡Cuidao, hombres!

SEÑ. 1.º No se ve gota.

LA ENC. ¿Quién tropieza? ¡Ojo con romperme na! *(Enciende. La sala queda espléndidamente iluminada.)*

SEÑ. 2.º *(Adelantándose hacia la Encarna.)* ¡La cabeza tuya!

SEÑ. 3.º *(Propinando un empujón al señorito 2.º)* No

678113

empieces, tú... *(El señorito empujado cae sobr la «chaise-longue» y se abandona voluntario.*

LA ENC. *(Al señorito 2.º)* ¡Mira que tiés mal vino! *(A los tres.)* Bueno, ¿qué...?

SEÑ. 2.º ¡A ver; que salgan las esclavas!

LA ENC. ¡Mira ése! Aquí no hay esclavas...

SEÑ. 2.º ¿Ah, no? Bueno, pues entonces ¡¡que salgan!!

SEÑ. 3.º *(A la Encarna, que va hacia la puerta de la derecha.)* Tienes que dispensar un poco, ¿eh? Venimos algo borrachos.

LA ENC. Ya lo noté. ¡Bah!, la juventú... Hay que atraparla bien, porque si no... la juventú es una liebre que se escapa... *(Gritando hacia el interior de la casa.)* ¡¡¡Niñas!!!

SEÑ. 1.º *(A los otros.)* Esta señora es filósofa...

SEÑ. 3.º Sabe más que Sócrates...

SEÑ. 2.º *(A la Encarna.)* Oye, ¿me quieres ilustrar un poco acerca de la Psicología? Porque me catearon en junio, y creo que ahora en los exámenes de septiembre, voy a correr la misma suerte...

LA ENC. Puedes burlarte de mí, si es antojo. *(Sentenciosa.)* La vida es corta, pero muy ancha, y el que tié dinero puede revolcarse a su gusto... ¿Te hago yo gracia? Pues dispón de mí; pero págame...

SEÑ. 2.º Toma. *(Le da cien pesetas.)*

LA ENC. ¡Cien pesetas! *(Con toda el alma.)* ¡¡¡Rumboso!!!

SEÑ. 2.º Las gano a patadas. Doy así, en el suelo, y estalla un volcán de duros.

LA ENC. Oye, ¿tú a qué te dedicas?

SEÑ. 1.º *(A la Encarna.)* A cosechar calabazas en junio...

SEÑ. 3.º Y en septiembre...

LA ENC. No; digo que ¿qué oficio tienes?

SEÑ. 2.º *(Con gravedad cómica.)* El de hijo de exportador... Papá, con la guerra, ha ganado treinta millones...

LA ENC. *(Mirando hacia la puerta.)* Pero ¿y esas ninas? ¡Ah! ¡ya vienen! *(A las señoritas que entran.)* Pasad, hijas... *(Luisita, Isabel, la Romántica, María-Teresa, Matilde y Trini la Pequeña visten con elegancia. Después de saludar con una leve inclinación de cabeza a los señoritos se sientan en las butacas y en la «chaise-longue», al lado de ellos.)*

SEÑ. 1.º *(A ellas.)* ¿Queréis venir a la Cuesta de las Perdices?

TODAS ¡Hoy, qué bien! Sí, sí... ¡A la Cuesta! ¡Qué gusto!

SEÑ. 3.º Pero todas, no... El automóvil tiene seis asientos no más... *(Al señorito 1.º)* Tú, elige a una. *(Al señorito 2.º)* Y tú a otra. *(A Luisa.)* ¿Cómo te llamas, nena?

LUISITA Luisita.

SEÑ. 3.º Serías más guapa si te llamaras como mi novia: Carmen. ¿Por qué no te llamas Carmen?

LUISI. Si tú me lo exiges.

SEÑ. 3.º Bueno; me gustas mucho. Tú vienes a la Cuesta conmigo.

SEÑ. 2.º *(A Trini la Pequeña.)* Oye, bomboncito, ¿qué gracia tienes?

TRINI ¿Me preguntas el nombre?

SEÑ. 2.º Eso, eso...

TRINI Trinidad la Pequeña.

SEÑ. 2.º Embustera. ¡Mira que llamarse Trinidad! No puede ser.

TRINI ¿Por qué no puede ser?

SEÑ. 2.º Porque tú no puedes llamarte como mi madre. ¿Qué te has creído? ¡Vamos, que te rompo el alma!

LA ENC. *(Interviniendo.)* Deja ahora de acordarte de tu pobre madrecita. Aunque no tengo el gusto de conocerla me consta que es una santa.

SEÑ. 1.º *(A Matilde.)* Eres muy guapa. Di, nena, ¿te gusta esta vida que llevas?

MATILDE Querrás decir la vida que me lleva... A nosotras nos lleva la vida... *(Pausa.)* Y yo, por mi parte, me dejo llevar, resignada. ¡Qué voy a hacer!

LA ENC. Bueno, ¿qué determináis?

SEÑ. 1.º Irnos a la Cuesta de las Perdices con tres de estas criaturas.

MATILDE Eso es... ¡Vámonos de juerga! ¡Viva la juerga! *(Al señorito 1.º)* ¡Anda, guapo, cógete de mi brazo!

LA ENC. ¿Y vosotros?

SEÑ. 2.º Yo me llevo a ésta.

SEÑ. 3.º Y yo a ésta. *(Van a salir, por la puerta de la derecha, cogidos del brazo como parejas de novios.)*

SEÑ. 1.º Andando.

LA ENC. Id con Dios, y que os divirtáis. La vida es corta, pero muy ancha. *(Dice lo último gritando, al hacer mutis los otros.)*

ESCENA II

La Encarna, Lola (Isabel), María-Teresa, La Romántica, León, Abel de la Cruz, Don Damián y un *Flamenco.*

(Entran, al mismo tiempo que salen las tres parejas, Abel de la Cruz, con chalina y con sombrero amplio, redondo y negro; León, ves-

tido con limpia pobreza; don Damián; el Flamenco, que trae una guitarra debajo del brazo, y el cantaor. Al cruzarse ambos grupos se saludan con ceremoniosidad grotesca.)

LA ENC. *(Con satisfacción.)* ¡El pobre Abel de la Cruz! ¡Hola, hijito! ¿Me traes la novela que me prometiste?

ABEL Se me ha olvidado; pero te traigo a don Damián, que sabe gastar los dineros...

DAMIÁN *(Risueñamente.)* Sé gastarlos, y me place mucho cuando es, así como ahora, con artistas de talento, tales que el poeta Abel y el pintor León, y con mujercitas amables.

LEÓN *(Exaltado y bronco.)* Amables y honradas, como éstas.

LOLA ¿Nosotras? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

LA ROM. Tiene razón este joven. ¿Por qué no somos honradas nosotras?

LEÓN Yo tengo razón siempre.

DAMIÁN Siempre que estás borracho, como ahora.

ABEL Es que nosotros, señor don Damián, estamos borrachos siempre: borrachos de exaltación, de entusiasmos encendidos y quemantes como las copas del aguardiente malo, y de bravos fervores.

DAMIÁN *(Moviendo la cabeza.)* ¡Pobres diablos! *(A la Encarna.)* Tráenos unas botellitas de Montilla.

LA ENC. Sentaos. *(León se sienta en la «chaise-longue», al lado de la Lola (Isabel.)*

ABEL *(A la Encarna, que se dispone a salir para traer las botellas.)* Espera... *(Le coge una mano y se la ofrece a don Damián, con estas palabras:)* Acérquese usted, señor, y estreche la mano gordezuela y noble de mi providencial Providencia, en las ocasiones negras y descorazonadas como cuervos... *(Don Da-*

mián toma la mano de la Encarna.) Esta se ñora, señor, me consiente, me permite, m tolera, que yo me tumbe a dormir en es precioso, mullido y cómodo sofá

en las largas noches
del helado invierno,
cuando las maderas
crujir hace el viento,
y azota los vidrios
el fuerte aguacero,

que dijo aquel mi camarada de infortunios y de romanticismos, que se llamó en vida Gustavo Adolfo Bécquer...

DAMIÁN Mucho gusto, señora.

LA ENC. Bueno, ¿voy a buscar las botellas? *(Dice esto mientras se limpia las lágrimas con el pañuelo.)*

ABEL *(Solemne.)* ¡Espera! Ahora irás a buscar las botellas... Y este señor, señora *(Por don Damián)*, aunque se llama don Damián, se llama don Mecenas. ¿Me entiendes?

LA ENC. No, hijo...

ABEL Bueno, pues entonces vete a buscar las botellas... *(Sale la Encarna. El flamenco y el cantaor se sientan como con fatiga de juerga. Don Damián y Abel, formando pareja con María Teresa y la Romántica, se sientan a su alrededor. León, que ha estado departiendo como un novio con la Lola (Isabel), se saca del bolsillo interior de la americana un bloc de papel para dibujos y un enorme lápiz.)*

LEÓN *(A Lola (Isabel.)* Tienes mucho interés en esa cara. Por los huecos hondos de tus grandes ojos negrísimos se te está fugando

el alma. Quiero cogerla... Estate quieta, que te voy a hacer un dibujo...

OLA ¡Qué bien! *(Posándole, reclinada sobre la «chaise-longue».)* Me pondré así para no cansarme.

EÓN Como estés más cómoda... *(Empieza a dibujar.)*

AMIÁN ¡Estoy encantado...!

LAMENCO *(Por el cantaor. Afanoso de complacer a don Damián.)* ¡Qué! ¿La zuerta ya, zeñó?

AMIÁN ¿Qué es lo que quieres que suelte?

LAMENCO ¡Eza copliya! Digo.

AMIÁN ¡¡Venga ya!! *(Entra la Encarna con una bandeja llena de vasos y dos botellas, que descorcha y reparte, mientras el flamenco y el cantaor lanzan la copa.)*

ANTAOR *(Cantando, al compás de la guitarra.)*

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay...!
Mi mare se está muriendo;
mi pare ya se murió...
¡¡Mardita sea la suerte,
la suerte perra que tengo yo...!!

TODOS ¡Muy bien!

M-TER. ¡Venga otra!

FLAMENCO *(A don Damián.)* ¿Qué eztilo quié el zeñó?

DAMIÁN El estilo que os dé la gana... Oye, cantad aquella tan bonita que lanzasteis en Los Gabrieles, la del huerfanito y la corona de espinas...

FLAMENCO ¡Ah, zí!

LA ENC. *(Ofreciendo vino.)* Pero bebed...

DAMIÁN Dale a León. *(A León.)* ¿Qué estás haciendo, hombre? ¡Déjate de dibujos, y bebe!

LEÓN *(Poniendose de pie, con la copa en una mano y el dibujo en la otra.)* Estaba persiguiendo una mariposa, como en los días lejanos de mi niñez. ¡Ya la he cogido! Ya la he co-

gido y clavado aquí, en este papel, como con un alfiler... La mariposa es el alma fugitiva y errante de esta mujer... ¡Mirad! *(Muestra el dibujo.)*

TODOS *(Menos don Damián.)* ¡A ver! ¡A ver!

ABEL Este dibujo es genial.

ELLAS ¡Qué bonito!

ABEL Eres grande, León, y llevas en el alma como un saco de tesoros inapreciables. Yo te juro que triunfarás.

LEÓN *(Seguro.)* Y yo también lo juro. Triunfaré porque mi voluntad es un puñal bien templado e irrompible, y fuerte mi brazo. Yo clavaré en la vida, como en una roca, el puñal de mi voluntad.

DAMIÁN *(A León.)* Cuando estás borracho, dices cosas muy bonitas. Bebe.

FLAMENCO ¡Qué! ¿La zuelta ya, zeñó?

LA ENC. ¡Sí, hombre, que la suelte ya!

FLAMENCO Con uzté, zeñora, no va na... Uzté, zeñora, cumpla zu oficio, como zervidó cumple el zuyo... ¡Digo!

LA ENC. *(Malhumorada.)* Pues no dice usted na, pero que na, so melancólico, so llorón, porque aquí quien manda y puede decir es el señor, que tiene voz de mando, vulgo pasta.

FLAMENCO ¡Interezá!

DAMIÁN ¡Rivalidades, no! ¡Ea! ¡Que suelte la segunda!

CANTAOR *(Cantando, al compás de la guitarra.)*

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
Porque soy un huerfanito
la traidora ni me mira.
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
Si yo fuera rey de moros
la traidora me querría...

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
Aunque soy un huerfanito
llevo corona... ¡¡de espinas!!

ESCENA III

Dichos. El niño de Vélez.

L NIÑO *(Desde la puerta.)* Señores, buenas noches. Perdón si falto. Soy el Niño de Vélez.

AMIÁN *(Todo alarmado.)* ¿Qué quiere usted?

L NIÑO Con usted, nada. La educación aconseja respetar a los viejos. *(Cruzándose de brazos y señalando a Lola (Isabel) con la cabeza.)* ¡Es con ésa!

A ENC. *(Avanzando hacia el Niño.)* ¡Vete! ¡Canalla! *(El Niño la empuja con violencia y la lanza sobre el flamenco, cuya guitarra se hace añicos.)*

LAMENCO *(Melodramático.)* ¡¡Mi guitarra rota!! ¡¡¡Pan de miz hijoz!!! *(León y Abel de la Cruz se ponen de pie. Los otros les imitan. Lola (Isabel) se aferra fuertemente a las espaldas de León.)*

L NIÑO *(Cínico y bravucón.)* ¡No pasa nada! *(Quedo, pero con más cinismo.)* Repito que no pasa nada. Lo dice el Niño de Vélez... *(A Lola (Isabel.)* ¡¡Tú!! *(La llama con la mano.)*

OLA *(Avanzando hacia él con terror, como hipnotizada.)* ¡¡Niño!! ¡¡¡No me pegues!!!

EÓN *(Sujetándola y tirándola hacia atrás.)* ¡¡¡No sales!!! *(Al Niño.)* ¡Pasa...!

L NIÑO Voy... *(Adelanta unos pasos, temerario, sobre León, el cual, atlético, lo apresa entre los bra-*

zos, lo levanta y lo arroja con coraje contra la puerta. El Niño, vencido, se revuelve en el suelo.)

EL NIÑO Ha sido a traición. ¡Cobarde!

LEÓN *(Avanzando hacia él, con ánimo de seguir agrediéndole.)* ¡¡¡Calla, chulo miserable!!! ¡¡¡Ahora verás!!!

LOLA *(Sujetando a León.)* ¡¡No le hagas daño!!

LEÓN *(Enérgico.)* ¡¡Déjame!! *(La Lola coge por el cuello una botella y se interpone, brava, entre el Niño y León, que sigue avanzando.)*

LOLA *(Amenazando.)* Te he dicho que no le hagas daño... *(El Niño se incorpora con rapidez, sujeta por un brazo a Lola (Isabel) y se la echa atrás.)*

EL NIÑO *(Desde la puerta, sacando una navaja.)* ¡¡He dicho que no pasa nada...!! Y si ha pasado, lo lamento. Estas mujeres son muy ingratas. Es tonto el que las defiende. Yo las conozco bien... Buenas noches, señores. ¡Ah! Perdón si he faltao. Servidor, el Niño de Vélez. *(Mutis del Niño y de Lola (Isabel).*

ESCENA IV

Dichos menos el *Niño* y *Lola (Isabel).*

LA ENC. *(Furiosa.)* ¡Granuja! ¡Ladrón! Te he de sacar los ojos... *(A los reunidos.)* Es un miserable que vive de las mujeres. Yo creo que las hipnotiza. No quiero que entre en mi casa, pero él entra... Es un criminal que

estuvo en Figueras por lesiones, y un bandido que penó en Ocaña...

AMIÁN Bueno, vámonos de aquí.

EÓN *(Triste.)* Sí, vámonos, vámonos. Este ambiente me hace daño, este aire tiene como uñas que se me hincan aquí, en el corazón. ¡¡Vámonos!! *(Se disponen a salir.)*

LAMENCO *(Arrodillándose ante don Damián.)* ¡Zeñó!

AMIÁN ¡Déjame! *(Le tira cien pesetas.)* Toma.

LAMENCO *(Llorando.)* ¡Que Dío ze lo pague!

BEL *(A la Encarna.)* Ese maldito N ño me ha estropeado la noche. ¿Me permites que pernocte ahí? *(Indica el sofá.)*

A ENC. Pernota.

BEL *(A don Damián y León.)* Yo me quedo. *(Mutis de todos, menos de Abel de la Cruz y la Romántica.)*

ESCENA V

Abel de la Cruz y La Romántica

ABEL *(Tumbándose en el sofá.)*

«Me voy haciendo viejo y el corazón se seca...
¡Oh, qué sed más horrible...! Y mi dulce Rebeca
¡¡no llega todavía!!
Rodarán otros años, atropelladamente;
surcarán más arrugas el campo de mi frente;
ya declina mi día...

¡¡Oh, mi sed de jayán en las tardes de siega
¡Y Rebeca no llega! ¡¡Mi Rebeca no llega!!
Con ansiedad rabiosa
el corazón, sediento,
la espera... ¿Llegará?
En mis desiertos rugen los leones del viento:
¡Uh-uh-áh...! ¡Uh-uh-aaáh...!
¡¡Y parece que dicen: No vendrá... No vendrá!

Bueno, nena; tú estarás fatigada seguramente, ¿verdad que tienes mucho sueño?

LA ROM. No.

ABEL ¡Ah! Conque ¿no tienes sueño? Pues yo s preciosa.

LA ROM. Quiero estar contigo.

ABEL Lo siento porque te vas a aburrir. Se m cierran los ojos... Mira, acuéstate, que hac sueño.

LA ROM. Tú duerme, y yo me estaré a tu lado, si decirte nada. No te molestaré.

ABEL Creo que tengo pitillos... *(Se busca tabaco e los bolsillos y no lo encuentra.)* Pues, no; n tengo pitillos. ¡Sí que es raro!

LA ROM. Yo tengo egipcios en mi cuarto. Voy po ellos. *(Sale corriendo.)*

ABEL *(Monólogo.)* Esta pobrecita Romántica se h enamorado de mí; la compadezco por gra titud, porque, la verdad, yo soy un partid muy mediano... No podría darle ni cañam nes. ¡Pobre canario, si fuera mío! Buen pero le daría pétalos de rosa; pétalos d esta magnífica rosa de fuego que llevo aqu en este hueco del pecho, donde la gente s coloca ese raro mueble llamado corazón. ¡Claro que con pétalos de rosa no lo pas ría bien del todo, porque los pétalos so poco alimenticios!

LA ROM. *(Entrando gozosa y dándole pitillos.)* ¡Toma! *(Abel de la Cruz enciende uno y se guarda los otros.)*

ABEL ¡Tabaco egipcio! ¡Tabaco elegante! Pero no sabe a nada. ¡Bah!, lo bueno no tiene sabor, lo bueno es insignificante, lo bueno me aburre...

LA ROM. Entonces yo te gusto, porque no soy buena...

ABEL Me gusta lo fuerte, lo bravo, lo que se clava, lo que quema. No me gusta lo bueno; me gusta lo mejor...

LA ROM. Y a mí me gusta oírte decir esas cosas tan bonitas que sólo tú dices, y estar a tu lado, y mirarte...

ABEL Pero yo tengo mucho sueño. Déjame dormir. Hace tres noches que no duermo.

LA ROM. Duerme. Mira, yo me pondré así *(Se reclina sobre sus hombros)*, y me estaré muy callada. Duerme. *(Abel de la Cruz se queda dormido. Silencio. La Romántica rompe a llorar. El sueño de Abel de la Cruz es profundo, pesado, y los gemidos de la angustiada mujer no le despiertan. La Romántica, fatigada por el lloro, se rinde también al sueño, apoyada sobre el pobre Abel de la Cruz.)*

ESCENA VI

Dichos y *Encarna.* Después *León.*

LA ENC. *(Atravesando la sala para apagar la luz.)* ¡Perra vida! Y menos mal que una sabe conducirse, que si no... *(Fijándose en Abel de la*

Cruz y en la Romántica.) ¡Pobres! Bueno la verdad es que yo tengo un corazón que no me lo merezco. No lo puedo evitar, pero ese desdichado me da pena. Dicen que tiene talento... ¡Pa lo que le sirve! *(Apaga la luz. Por el balcón entreabierto penetran en la sala las primeras luces del amanecer.)* Ya está amaneciendo. *(Abre el balcón de par en par.)* ¡Madrugada fresquita! Ahí dentro no se puede parar de calor. Aquí, cerquita del balcón se está muy bien. *(Se sienta.)*

LEÓN *(Entrando resuelto, cerrados los puños con iracundia.)* ¡Eh!

LA ENC. *(Levantándose y saliéndole al encuentro.)* ¿Qué quieres? ¡No grites!

LEÓN *(Bronco.)* Quiero ver a la Lola. ¡Lo exijo! Tráemela. Y si está con ese miserable que la explota, déjame que vaya a buscarla. No le estrangulé antes a ese chulo porque no quería dar un escándalo en presencia de don Damián; pero yo no puedo consentir...

LA ENC. *(Interrumpiéndole.)* No sigas si no quieres. La Lola está disponible. El Niño de Vélez consiguió lo que quería, dinero, y la dejó. ¿Quieres que la llame?

LEÓN Llámala.

LA ENC. Pues voy. *(Se dirige a la puerta. Desde la puerta, a voces, hacia el interior de la casa.)* ¡Lola, baja! *(Vuelve hacia León.)* Ahora viene.

LEÓN Déjame solo con ella.

LA ENC. *(Al irse, fijándose en Abel de la Cruz y en la Romántica.)* ¿Quiere que eche a éstos?

LEÓN Están durmiendo. Déjalos.

ESCENA VII

León, Lola (Isabel), Abel de la Cruz y La Romántica.

LOLA *(Entrando.)* ¡Hola! ¿Eres tú? *(Mutis de la Encarna.)*

LEÓN ¿Y ese hombre?

LOLA ¿Qué hombre?

LEÓN El Niño de Vélez.

LOLA *(Toda temblorosa.)* No me hables, por Dios, de ese hombre. Le odio. Ha embrujado mi alma. Le tengo un miedo horrible. ¡Por Dios, no me hables de él! *(Se echa a llorar.)*

LEÓN Pero tú le defendiste. Si me descuido, me tiras una botella a la cabeza porque quise librarte de él. Eres una mujer mala...

LOLA Perdóname. Es verdad: soy una mujer muy mala, pero yo no tengo la culpa. La tienen los hombres, que han envenenado mi vida. La tiene él, que me da maleficio. Hazme tú buena, León, y haré bondades, que yo no quiero vivir así. Hazme tú buena, León.

LEÓN *(Conduciéndola a una butaca e invitándola á sentarse.)* Siéntate. *(Isabel se sienta. León se acomoda a su lado, en un brazo del mueble, y la enlaza por el cuello amorosamente.)* ¿Cómo te llamas?

LOLA Lola es mi nombre de guerra. Pero me llamo Isabel. Te lo digo como una prueba de confianza.

LEÓN ¡Pobre Isabel!

LOLA Me aburre mucho la vida. Yo me mataré, León. *(Se va haciendo de día.)*

LEÓN No digas eso.

LOLA He sufrido mucho. He sufrido mucho... No podía resistir el dolor y hundí mi corazón en el vicio, enterré mi vida en la charca para no sufrir. Oye, León...

LEÓN *(Besándola en la cabeza.)* Dí... No llores. Yo seré tu confesor. Cuéntame. ¿Quieres?

LOLA Sí... Recuerdo el colegio, con sus claros patios, con sus altos muros, con sus monjitas dulces y santas... Mamá, mi mamaíta de mi alma, me llevó a él, porque papá, que era comandante, había muerto, y ella quedaba pobre... Las monjas me querían y me daban estampitas, porque yo era buena y aplicada... Un día me vistieron de luto y me llenaron la cara de besos muy fuertes. Es que mamá se había muerto.

ABEL *(Soñando a voces, desde la «chaise-longue».)* Yo tengo una rosa de fuego para mi novia! ¡Mujeres: mirad mi rosa! Tiene forma de corazón...

LOLA *(Asustada.)* Tengo miedo...

LEÓN Es el pobre Abel de la Cruz que está soñando a voces. No tiembles... Sigue.

ABEL ¡¡Que me quema la rosa!! ¡¡¡Cogedla, que me quema!!!

LOLA *(Continuando el relato, temblorosa.)* Y me fuí haciendo mayor. ¡Era yo más guapa entonces...! Y tonta, de puro buena. Las monjas, que velaban por mí como madres, me sacaron, ya crecidita, del colegio, y me colocaron de mecanógrafa en la casa de comercio de un señor muy cristiano, que me llamaba hija, y que me obligaba a trabajar mucho, de día en los quehaceres co-

merciales, y de noche en los domésticos. Tenía este señor un hijo mozo y estudiante. Me pidió el corazón y se lo di... y con el corazón, todo, hasta la honra, porque mi alma ingenua se columpiaba gratamente en las promesas de amor del muchacho, guapo y pasional. Yo era feliz... Hasta que un día el padre, enterado de todo, encerró al chico en un correccional, y a mí me echó a la calle. Escribí entonces a las monjitas, contándoles lo que me ocurría y pidiéndoles perdón y amparo. La carta llevaba más lágrimas que letras. Obtuve contestación rápida a la lista de Correos. ¡Con qué gozo abrí la misiva! Pero las monjas me decían que rezaban por mí, pidiendo a Dios que me tornase a los buenos caminos. ¡Que rezaban por mí! Rezaban por mí como por una muerta. Yo era una muerta realmente, porque habían muerto dentro de mí todas mis ilusiones. El corazón se me secaba de tristeza... Seguí vagando por esas calles, despeinada, sucia, famélica, en busca de una colocación que no encontraba nunca, porque en todas parte me exigían lo mismo: certificado de buena conducta. Una noche los agentes me confundieron con una mujer mala y me encerraron en un calabozo, entre cínicas desventuradas de Ceres, Tudescos y Jacometrezo. Al otro día se me obligó a sufrir un reconocimiento y a recibir un papel, que estrujé y rompí, en el que se hacía constar que yo estaba buena. ¡La vergüenza que pasé con todas estas cosas! ¡Qué modo de llorar, de gritar, de protestar, tirándome al suelo y arañándome la cara! ¡Pero era inútil! Los agentes se reían de mí, incrédu-

los, creyéndome una farsanta, y me ame nazaban con llevarme a la cárcel, de quin cena, si seguía «haciendo comedias». Otr día —¡qué horror!— un señorito...

ABEL *(Tosiendo y soñando.)* No es sangre lo qu escupo. Son pétalos de esta magnífica ros que llevo en el pecho y que no veis...

LEÓN *(A Isabel.)* Continúa. No tengas miedo...

LOLA Un señorito que me seguía, se me acerc en un cruce de calles solitarias y me hiz una proposición hórrida. Yo temblé prime ro, y después rompí a llorar. El señorit me pidió mil perdones y se mostró ga lante conmigo. Entonces, yo le abrí mi alma contándole toda mi desgracia. El señorit me escuchaba muy atento. En los dedos de la mano le brillaban las sortijas... Le imploré: «Si usted es bueno, búsqueme una colocación; Dios se lo pagará.» El señorito me indicó que le siguiese, y me llevó a una casa. Nos recibió una señora que se doblaba en saludos y reverencias. Yo iba muy contenta, porque el señorito me dijo que me colocaría allí, de mecanógrafa. De pronto, me encontré sola con él en una habitación muy íntima. Me di cuenta del engaño. Grité con todas mis fuerzas, pero no vino nadie a socorrerme. Aquel canalla me daba un asco atroz. Me lancé de cabeza contra la puerta, para huir, pero la puerta estaba cerrada. Me puse a golpearla ciegamente, desesperadamente. De mis dedos rotos, de mis uñas destrozadas brotaba la sangre. El canalla se reía, cruzado de brazos, detrás de mí, y decía sólo: «¡No saldrás! ¡No saldrás!» Me arrojé sobre él, para morderle; pero... ¡No quiero recordarlo!

Como si me hubiese caído encima la techumbre del piso, me sentí aplastada, muerta, por una bárbara lluvia de golpes, y triturada como una peña mi voluntad, fuí toda de él... Y en aquella casa siniestra rodé, hasta los fondos más hondos y apagados de este pozo en que estoy metida... ¡León! *(Voces desde dentro: «¡Hija de mi alma! ¡Hija de mi alma!»)*

LOLA ¡Ah!

LEÓN No tengas miedo: estoy a tu lado. ¡No tiembles nunca a mi lado! *(Se ponen de pie. La Romántica se despierta al ruido de las voces que siguen atronando la casa y zarandea con sobresalto a Abel de la Cruz.)*

LA ROM. ¡Abel! ¡Abel!

ABEL *(Adormilado.)* ¡Déjame dormir! ¡Hace tres noches que no duermo! *(Las voces suenan más broncamente: «¡Hija de mi alma!» La Romántica se abraza con fuerza a Abel de la Cruz.)*

ESCENA VIII

Dichos, La Encarna, La Vieja de los gritos, *Matilde.*

VIEJA *(Entrando, sostenida en brazos por la Encarna.)* ¡Hija de mi alma! ¡Hija de mi alma! *(No cesa de llorar y gritar hasta el final del acto.)*

LEÓN *(A la Encarna.)* ¿Qué pasa?

LA ENC. Que os cuente ésta. *(Por Matilde.)*

MATILDE *(Llorando, cogida con terror a las faldas de la Encarna.)* Que los señoritos que nos lle-

varon a la Cuesta estaban borrachos y nos tiraron, para reir y divertirse, del automóvil a toda marcha. Y yo y la Luisita salimos sin daño, pero Trini la Pequeña, que era hija de esta pobre mujer *(Por la vieja.)*, quedó muerta en la carretera... Por eso llora...

VIEJA *(Arañándose la cara.)* ¡Hija de mi alma!

LOLA ¡Sácame de aquí, León! ¡Sácame de aquí! Yo seré buena otra vez, como cuando era niña y estaba con las monjas.

VIEJA ¡Hija de mi alma! *(León se dirige hacia la puerta. Pregón en la calle: «¡Parcial, Liberal, A B C!»)*

LOLA *(Arrodillándose delante de León y abrazándose a sus rodillas.)* ¡No te vayas! ¡No me dejes aquí!

LEÓN *(Enérgico.)* No tengo dinero. Soy un hampón. Pero voy a buscarlo. ¡¡Volveré!!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

TITULO: ABEL, VISIONARIO

ala de los juzgados. Al lado izquierdo, una gran mesa, sobre la ue se amontonan diferentes legajos de causas criminales; y, haiendo como de centro, un Crucifijo de mano. A la derecha, un ırgo banco de madera, respaldado. Puerta practicable, cerrada comúnmente, al fondo.

ESCENA I

Alguacil y *Abel de la Cruz.*

(Se abre por fuera la puerta.)

ALGUACIL *(Entrando detrás de Abel de la Cruz y cerrando otra vez la puerta.)* Pa que luego no diga usté que nosotros no sabemos distinguir. Le enjaulo aquí, en la sala del señor juez de guardia, porque usté no es un delincuente vulgar, y no quiero que las pase negras ahí bajo, en los calabozos comunes, entre ladrones y asesinos. ¡Qué! ¿Me porto?

ABEL Muy bien.

ALGUACIL Yo me llamo Anotonio González y Pérez.

ABEL Muy bien.

ALGUACIL Pero apúntelo usté.

ABEL ¿Para qué?

ALGUACIL ¡Toma! Pa que no se le olvide.

ABEL Pero ¿qué interés tiene usted en que no se me olvide su nombre?

ALGUACIL ¡Otra! ¿No va usté a poner en los papeles cuando salga de estos enredos, si es que sale, que la Justicia se ha portao bien con usté? Pues la Justicia es, en este caso, servidor, que se llama Antonio González y Pérez. Pa que conste.

ABEL Comprendo, comprendo. No se me olvidará su nombre. Tengo buena memoria.

ALGUACIL Bueno, usté puede sentarse ahí, en ese banco, o donde guste, hasta que venga el juez y le interrogue. Yo, con su permiso, voy a dejar esto en condiciones. *(Saca un plumero de uno de los cajones bajos de la mesa y se pone a limpiar la escribanía y el Crucifijo.)*

ABEL *(Fijándose en el Crucifijo.)* ¡Hola, mi egregio amigo!

ALGUACIL ¿Qué dice usté?

ABEL A usted nada. Es a Cristo...

ALGUACIL ¿A Cristo? *(Aparte.)* Este hombre está mochales. *(A Abel de la Cruz.)* Y ¿qué le dice usté a Cristo?

ABEL Le llamo mi egregio amigo.

ALGUACIL ¡Ja, ja, ja...!

ABEL ¡Oh! Usted es un necio. Ríase, ríase. ¿Qué me importa que usted se ría? Un alguacil no tiene importancia para quien es, como yo soy, amigo particular de Jesucristo en persona.

ALGUACIL ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracia! ¡Hombre, usté está loco...!

ABEL *(Enérgico, tuteándole.)* ¡¡No te rías!! Oye, bárbaro...

ALGUACIL *(Serio, sumiso, trémulo, como dominado por la mirada hipnotica de Abel de la Cruz.)* ¡¿Qué?! ¡¡Dice usté las cosas de un modo!! No me mire así, que me dan ganas de taparme los ojos pa no verle. Tiene usté demonios ahí dentro. *(Refiriéndose a los ojos de Abel de la Cruz.)*

ABEL *(Avanza hacia la mesa, solemne y encendido; toma el Crucifijo con las dos manos y lo levanta con imponente y sacerdotal uncion de iluminado. Exaltado, pero con voz serena y ademanes graves, entona el himno siguiente a Jesús.)* ¡Jesús de Galilea, hijo de padre humilde y carpintero, y de madre buena como mi madre! El de los brazos abiertos en hambre furiosa de abrazar corazones; esposo casto y calenturiento de todas las bellas y puras inquietudes desmelenadas; el del costado manante, fuente perenne, inagotable fuente de rubíes, que riega las almas... ¡Dulce, bueno, divino Jesús! ¡Alfiler precioso de cegadores brillantes que los ex hombres del andrajo y del piojo lucen en las sedas del espíritu, sedas irrasgables, sedas perdurables, sedas blandas y hermosas como la paz que Tú predicaste...! Capa de púrpura; manto de emperador, recamado de preciosa pedrería; ancha, fuerte, confortante túnica en las espaldas corvas de las desnudas víctimas tiritantes... ¡¡Glorioso, bello Jesús!! Beso-estrella de paz en corazones encarcelados y gemebundos. Beso-estrella de vida en esperanzas apagadas, muertas. ¡¡Beso-estrella de amor en frentes de rameras y en pechos de hampones!! ¡¡¡Jesús, egregio, alto, único amigo de los que sufrimos terriblemente, porque la vida, exangüe de sangre

tuya, anémica de sentido tuyo y de doctrina tuya, nos aplasta como el pie de un monstruo, y nuestros corazones mártires saltan rojos y enteros, y estallan como cohetes de rosas, en honor tuyo!!! ¡¡Jesús de Galilea que me llamaste hermano, toma mis besos! *(Besa al Crucifijo. Desde fuera golpean la puerta con violencia. Abel de la Cruz deja el Crucifijo sobre la mesa. El Alguacil corre a abrir. Abel de la Cruz se sienta en el banco.)*

ALGUACIL *(Abriendo.)* ¡Va, hombre! ¡Va!

ESCENA II

Dichos, Juez y Secretario

JUEZ *(Entrando, seguido del Secretario.)* ¿Es usted sordo...? ¿Quién es ése? *(Por Abel de la Cruz.)*

ALGUACIL Un detenido político.

JUEZ Puede usted retirarse. *(Mutis del Alguacil. El Juez se sienta delante de la mesa y el Secretario a un extremo. A Abel de la Cruz.)* ¿Cómo se llama usted? ¡Póngase de pie! Acérquese.

ABEL *(Acercándose.)* Abel de la Cruz. *(El Juez examina los legajos de causas criminales, entresaca uno y lo estudia ligeramente. Después se lo entrega al Secretario, el cual lo abre por las últimas páginas y se dispone a escribir.)*

JUEZ Está usted reclamado por escándalo público.

ABEL No recuerdo haberlo promovido jamás.

JUEZ Se le acusa a usted de que recorre los sitios públicos escandalizando a las turbas ig-

norantes con blasfemias como ésta, por ejemplo, que han oído los testigos: usted dice que oyó maldecir a Jesús.

ABEL Que lo oí, no; digo que le vi maldecir. Porque no maldecía con palabras, sino con los brazos, así... *(Los mueve furiosamente. El Secretario no cesa de escribir.)*

JUEZ Eso que usted dice es una blasfemia horrorosa.

ABEL Los Evangelios también dicen que Jesús maldecía, señor juez, y los Evangelios son santos. Cuando Jesús echaba del templo de su Padre a los mercaderes ladrones, a latigazos, Jesús maldecía. Cuando Jesús llamaba a los escribas y fariseos «sepulcros blanqueados, hermosos por fuera y llenos de podredumbre por dentro», Jesús maldecía. Y cuando Jesús afirmaba: «Es más difícil que entre un rico en el reino de los Cielos que un camello por el ojo de una aguja», Jesús maldecía... ¿Por qué he blasfemado, señor juez? ¡Yo le juro que he visto maldecir a Cristo!

JUEZ Usted es un loco, o un visionario...

ABEL *(Interrumpiéndole.)* Yo no soy más que un hampón millonario. Mi pecho es arca de fervores que tiro, que derrocho generosamente. Como, porque me dan pan de limosna las almas buenas, y vivo y gozo, porque me dan pan de amor las pobres mujeres malas... Jesucristo me guarda consideraciones y maldice delante de mí... Una vez...

JUEZ ¡A ver, hombre! Cuente, cuente usted... Es gracioso.

ABEL Fué en la cárcel. Yo estaba allí por no recuerdo qué delito político, mejor dicho, sentimental. Asesinaron de terror a un niño de nueve años metiéndole en una de esas

celdas siniestras que erizan de espanto los velludos pechos de los más duros y empedernidos criminales. La pobre criatura pedía perdón a gritos, durante la noche: «¡Que me come la rata, mamaíta!» «¡Ya no lo haré más! ¡Sácame de aquí!»—clamaba el pobre niño, roto, despedazado, deshecho en cintajos de consternación horrenda. Y los carceleros, quietos, sin moverse. Y las férreas puertas de la celda no se abrían, no se partían de compasión... Luego, silencio. Después, el toque de diana. Los cerrojos que rechinan, como refunfuñando, al abrirse las celdas. ¡¡El niño estaba muerto...!! Y Cristo, que presidía las galerías hondas desde su cruz; Cristo el que había dicho. «Dejad que los niños se acerquen a mí», Cristo en imagen maldecía, moviendo en el aire con rabia santa los puños desclavados. ¡Yo vi el milagro! ¡Yo! ¡Yo!

JUEZ *(Colérico.)* ¡Calle! ¡Calle! Le declaro procesado por escándalo público. Puede sentarse. *(Abel de la Cruz se sienta extenuado en el banco. El Juez hace sonar un timbre que habrá sobre la mesa.)*

ALGUACIL *(Entrando, desde cerca de la puerta.)* Señor.

JUEZ Que suba otro detenido.

ALGUACIL Señor: el decano me encargó que le dijese a usía que pasase a verle antes de interrogar al detenido que ha de comparecer ahora.

JUEZ *(Levantándose y disponiéndose a salir.)* Está muy bien. Que entre el detenido, mientras tanto, y que espere ahí.

ALGUACIL Señor. *(Mutis del Alguacil. Después, mutis del Juez. El Secretario continúa escribiendo. Interrumpe el trabajo para sacar pitillos.)*

SECRE. *(Ofreciendo un pitillo a Abel de la Cruz, que*

se levanta para aceptarlo y vuelve á sentarse.) Tenga un pitillo.

ABEL Gracias. *(El Secretario vuelve a escribir, incesante, laborioso, probo.)*

ESCENA II

Abel de la Cruz, Secretario, León, Alguacil.

ALGUACIL *(Desde la puerta, entrando y trayendo casi a rastras a León.)* ¡Amos, hombre! Que no soy mulilla de arrastre. *(Le empuja con desesperación y lo tira sobre el banco.)* ¿No sabe usté andar?

LEÓN *(Dolorido.)* No puedo. Me duele todo, hasta la vida. Estoy como roto a palizas.

ALGUACIL ¡Aquí no se pega a nadie!

ABEL *(Mirando a León con asombro.)* ¡León!

LEÓN *(También muy asombrado, sin oir al Alguacil que refunfuña: «Aquí no se pega a nadie».)* ¡Hombre, Abel!

ALGUACIL *(Sacudiendo a León.)* ¿No oye lo que le digo? Aquí no se pega a nadie.

LEÓN Aquí, no lo sé; pero en otro sitio sí... *(Mutis del Alguacil. A Abel.)* ¡Cuánto me alegra encontrarte! ¿Es que eres amigo de éstos? ¿Es que sabías lo que me ha ocurrido? *(Implorante.)* ¡Haz por mí todo lo que puedas! Te guardaré gratitud eterna.

ABEL *(Impotente.)* No puedo hacer nada por ti. Soy un detenido como tú. Desde aquí me lle-

varán a la cárcel. Cuéntame: ¿qué te h pasado?

LEÓN *(Llorando.)* Ya ves: lloro como un chiquill grandullón. ¡La vergüenza que me da! E mi bloque de infortunios horribles que s derrite en llanto. Me ocurre una cosa espar tosa...

ABEL Cuéntamela.

LEÓN Necesitaba dinero. ¿Tú conoces a Isabel?

ABEL ¿Qué Isabel?

LEÓN Isabel, «la Lola», esa desventurada que est en casa de la Encarna...

ABEL ¡Ah, sí, hombre!

LEÓN Yo la quiero. Me da no sé qué decirlo: e una mujer de mala vida, mujer de todos. Pero la quiero. Quizá sea por... lástima. ¡L pobre ha sufrido mucho! La noche aquell de la juerga me contó su vida, y... ¡vamos que la tomé cariño! En el corazón la llev metida, y sus manos se cogen a mi alm tan fuertemente, que, si la empujo, sient un daño atroz, así como si me arrancase la vida.

ABEL ¡Qué bueno eres, amigo León! Sigue.

LEÓN Aquella misma noche, la desventurada s tiró al suelo y, abrazándose a mis rodillas no me quería dejar salir. «¡Sácame de est casa mala!»—me imploraba—. «¡Llévam contigo y seré buena!»—me prometía... L juré que volvería a buscarla, y salí. Era par redimirla, era para hacerla buena y dichosa por lo que yo necesitaba dinero. Sin diner no se hace nada, no se tiene nada: ni casa ni amor, ni talento, ni dignidad. Lo busqu en todas partes y por todos los medios líci tos. Se lo pedí a don Damián, nuestro Me cenas, ofreciéndole, a cambio de la cantida

que necesitaba, pintarle un retrato al óleo. Me habló de sus muchos gastos y me dió un duro. Visité a varios aristócratas para solicitar de ellos que me encargasen y pagasen un cuadro. ¡Lo que me costó hacerme recibir! Pero como no me conocían, ni personal ni artísticamente, apenas se dignaron oirme. ¡Qué tres días! Hasta que ayer... ¡Oh! Tuve una idea brava. Me pasó por la imaginación, y...

ABEL Cálmate. ¿Qué hiciste?

LEON *(Rápido.)* Subí a una casa de juego clandestina y con unos duros que tenía me puse a jugar, dispuesto a ganar a la fuerza, por las bravas, o como fuese, a los malditos tahures, que se lucran y enriquecen explotando el más perjudicial, el más odioso, el más reprobable de los vicios, a espaldas de la ley. Los perdí al instante, y, entonces, masculinamente, exigí a esa gentuza maleante y tramposa que ha infestado los hogares santos de calamidades, que todos los días encharca honras en la delincuencia y en el deshonor y que hunde en la desesperación a tantos hombres buenos y a tantas mujeres inocentes, exigí a esa gentuza, digo, las dos mil pesetas que me hacían falta... Me las dieron sin gran resistencia. Apreté los billetes con avaricia y corrí a buscar a Isabel, a sacarla de esa maldita casa en que está, a llevármela. Iba loco de alegría por esas calles. El alma se me escapaba, y llamaba a la puerta del burdel con impaciencia, y decía a voces: «¡Ven, Isabel! ¡Sal de ahí, y enróscate a mi corazón como una caricia...!» Pero de pronto, sentí que una mano de hierro me sujetaba por el hombro.

Intenté defenderme: ¡fué en vano! Detrá de mí había unos hombres que me apun taban con revólveres. «¡Alto a la autori dad!»—me gritó uno. Y me entregué. Me maniataron primero, me registraron después me quitaron las dos mil pesetas, me lleva ron no sé adónde, me encerraron en un calabozo, donde otros hombres infatigables me apalearon brutalmente hasta dejarme sin sentido, y, por fin, me trajeron a esta casa.

ABEL Lo que me has contado es horrible.

LEÓN Pero aquí me harán justicia, ¿verdad? Tendrán en cuenta los nobles móviles que me arrastraron a la delincuencia. Yo no soy un ladrón; tú lo sabes. Yo soy un artista.

ABEL No tengas miedo: no puede pasarte nada. ¿Dices que cogiste esas dos mil pesetas en una casa de juego clandestina? Pues si se toma en cuenta tu delito, debe también tomarse en cuenta el de los tahures, que juegan a los prohibidos a espaldas de la ley.

LEÓN Quizá tomen en cuenta los dos delitos.

ABEL ¡Infeliz! La misma ley vela por la impunidad de aquéllos que la infringen. Lo sabe todo el reino.

LEÓN ¿Entonces crees que no me harán nada, que me soltarán, que podré ver a la pobre Isabel dentro de unas horas?

ABEL Eso creo... Aunque me extraña que hayan pasado tu asunto al Juzgado. Mira, lo mejor es que te pongas elocuente delante del juez y que logres conmoverle. Tu caso es muy sentimental. Cuéntaselo, tirándole el alma. Llora. Arrodíllate, si es preciso. *(Pausa.)* Silencio. Ya está aquí.

ESCENA IV

Juez, Secretario, Abel de la Cruz, León.

UEZ *(Sentándose. A León.)* ¿Usted es León?

EÓN Servidor.

UEZ Acérquese.

EÓN Yo, señor juez, no soy ladrón. Soy artista.

UEZ *(Fingiendo extrañeza.)* Pero, hombre, ¿qué tonterías está usted diciendo?

EÓN Tonterías, no, señor juez. La verdad. Que no soy un ladrón, que si quité a unos tahures las dos mil pesetas, fué porque las necesitaba para redimir a una mujer.

UEZ Me sé la comedia de memoria.

EÓN *(Desconcertado.)* ¿Qué comedia?

UEZ No se esfuerce usted en fingirse loco, que no ha de valerle. *(Toma otro de los legajos y se lo entrega al Secretario, el cual lo abre y se pone a escribir en él.)* Usted iba anoche borracho y promoviendo escándalo por esas calles. Unos agentes de la autoridad le amonestaron, y usted les ofendió gravemente de palabra y les agredió de obra. ¿No es esto?

ABEL *(Aparte.)* Le acusan de un delito que no ha cometido.

EÓN *(Desolado.)* ¡¡Que infamia!!

UEZ *(Colérico, bramante.)* ¿Ha dicho usted infamia? *(Golpea un timbre. Entra el Alguacil.)* ¿Infa-

mia ha dicho usted? ¡A ver! ¡A ése! *(L sujeta con violencia el Alguacil.)*

ABEL *(Señalando al Crucifijo. Con agudos y pin chantes gritos de espanto.)* ¡Eh! ¡Eeh...! *(Ca de rodillas.)* ¡¡Todos de rodillas!!

JUEZ *(Horrorizado.)* ¿Qué pasa?

ABEL Cristo, que hace así. *(Blande los puños e alto con furia.)* ¡Mirad! ¡Mirad! ¡¡Yo lo veo!! ¡¡De rodillas todos...!!

TELÓN

ACTO TERCERO

TITULO: MALEFICIO

Exterior de la sala de locutorios de la Cárcel. Largos bancos salientes de las paredes a la derecha y a la izquierda. En el fondo, doble muro de rejas. Estrechas puertas practicables a los lados.

ESCENA I

Abel de la Cruz y un *Recluso-ordenanza.* Al final, un *Empleado.*

(Abel de la Cruz se pasea, ensimismado, lento y taciturno. El recluso, que hace de fámulo, barre. La puerta de la derecha, por la que se sale de la Cárcel, está cerrada con fuertes cerrojos. Las de la izquierda, una de las cuales sirve de acceso a la galería de políticos, están sólo entornadas.)

ABEL *(Con lírica exaltación doliente.)*

Se mofa de mi facha grotesca, de mendigo,
igual que fuego fatuo una luz inquietante;
cuando de ella me alejo, me persigue an-
[helante
y se aleja, se aleja, cuando yo la persigo...
(El recluso cesa de barrer para escuchar a Abel de la Cruz.)

¡Esa luz...! ¡¡Con qué rabia la increpo y l
[maldigo!
Mas élla ríe siempre, guiñadora, triunfante
igual que diabólica risotada brillante...
¿Qué misterios extraños lleva esa luz con
[sigo'
¡Se muere de tristeza mi pobre corazón!
¡A veces me tortura la desesperación...!
¡¡Misericordia, hermanos!!
(Iluminado.)
¡Esa luz! ¡¡Esa luz...!!
¡Las muecas dardeantes y brujas de sus
[brillos
hieren mis magras carnes lo mismo que cu-
[chillos...!
(Abriendo en cruz los brazos.)
¡¡¡Yo sufro casi tanto como Cristo en la
[Cruz!!!

R.-ORD. Lo último que ha dicho usté, compañero, no me convence.

ABEL *(Desdeñoso.)* ¡Tú qué sabes!

R.-ORD. Sé, compañero, que no tié usté motivos pa quejarse. ¡Si fuera yo! Usté tié ahí *(Señala la puerta que da a políticos.)* una celda que paece talmente el cuarto de un hotel. Anda usté libre, sin que le estorben, por toa la Cárcel, de arriba abajo, de un lado a otro; ahora mismo está usté aquí, en la parte de fuera de la sala de comunicaciones onde la gente de la calle se acomoda. Eso es como no estar preso. ¡Digo yo!

ABEL Tú también estás aquí, y no eres preso político.

R.-ORD. Estoy aquí pa barrer. Y puedo dar gracias al director, que tuvo la amabilidad de elevarme al cargo de ordenanza. *(Pausa. Echa una maliciosa mirada a la puerta que da à*

la calle.) Pa dos meses que me restan de condena, no voy a hacer una locura. Ní aunque me abrieran esa puerta de par en par...

ABEL ¿Dos meses te faltan no más?

R.-ORD. ¿Cómo no más? Dos meses menos tres días. ¿Le parece a usté poco? ¡Cincuenta y siete días justos! ¡Mil trescientas sesenta y ocho horas! ¡Ochenta y dos mil ochenta minutos!

ABEL Estás bien enterado. Se conoce que sabes de cuentas.

R.-ORD. ¡Quiá! Las echo con un lápiz en la pared, así: cada día tié veinticuatro horas, ¿no? Pues voy y apunto veinticuatro veces cincuenta y siete, y luego cuento toos los palotes y por cada uno vuelvo a escribir sesenta más, y voy y los vuelvo a contar...

ABEL ¿Te costará mucho trabajo?

R.-ORD. ¡Bah! Me entretengo. ¿Qué voy a hacer?

EMPLE. *(Entrando por la izquierda. Al recluso.)* Tú, date prisa, que son cerca de las once, y la gente que viene a comunicar debe de estar asándose de calor ahí fuera, al sol... *(El recluso barre con mansedumbre y precipitación.)* Anda, hombre, coge esa basura... Ya está bien; deja eso... coge la basura, te digo. Anda ya... *(Mutis apresurado del recluso y mutis iniciado de Abel de la Cruz.)*

ABEL *(Al Empleado.)* Por mí no le preguntará a usted nadie... *(Mutis de Abel de la Cruz por la puerta de políticos. El Empleado abre con estrépito de cerrojos refunfuñantes la puerta de la derecha. Después toca dos fuertes palmadas y grita: «¡Pasen los que esperen! Entran tres mujerucas: una de ellas con dos niños. Se sientan en los bancos ellas; los niños, en el suelo para jugar a la tabá. El Empleado tomá asien-*

to en una silla, colocada por él mismo en el centro de la sala, se saca del bosillo un periódico y se pone a leer.)

ESCENA II

Mujer de la derecha, Mujer de la izquierda, la Loca de la risa pinchante, *Empleado* de la cárcel, dos *Niños*.

EMPLE. Pasen los que esperen.

M. DER. *(Sentada en el banco de la parte derecha.)* ¡Uf, qué calor! Esto hierve como una olla.

EMPLE. Pues más hacía fuera.

M. IZQ. *(Sentada en el banco de enfrente.)* Nos cocíamos como patatas...

EMPLE. Por eso les hice pasar. Aún no es la hora... Faltan unos minutos.

LA LOCA *(Sentada al lado de la mujer de là izquierdà.)* ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji...! *(Cuando cesa de reir se pone siniestramente seria.)*

M. DER. *(A la mujer de la izquierda.)* Lo que es en Madrí, no se pué parar por el verano... Quema el calorazo infernal que hace. *(Entran por la derecha dos mujeres más y se sientan.)*

M. IZQ. *(Con muy mal humor.)* Donde no se pué parar a ninguna hora es en este maldito mundo: que este maldito mundo es así como una especie de horno requemavidas de los desdichaos. Nos han metío en él como leños, y todo es arder, y consumirse, y chisporrotear...

LA LOCA ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji!

M. DER. ¡Que lo diga usté, señora! ¡Que lo diga usté!

M. IZQ. No semos na; tiraos en los rincones estamos siempre, como el combustible. Y vienen, y nos cogen, y nos meten, y nos pegan fuego...

LA LOCA ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji!

M. IZQ. *(A la Loca.)* Ya me está usted fastidiando con esa risita. ¡Jesús! Si parece que tié vidrios... Pincha.

LA LOCA *(Atacada.)* ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji!

M. DER. *(A la mujer de la izquierda. Aparte.)* Tié usté que disimular. La pobre está... *(Se toca una sien con el dedo, dando a entender que la mujer que se ríe está loca.)*

EMPLE. *(Sentado en una silla, en el centro. Suelta enojado el periódico que leía, se pone de pie y se encara con la Loca.)* ¡Haga usted el favor de no alborotar! Todos los días me llena usted la sala ésta como de vidrios cascados, que se me clavan en las sienes. *(La Loca sigue riendo con escándalo.)* ¡Haga el favor! ¡Ea, esto es intolerable! Si sigue usted riéndose le prohibo comunicar con su hijo. *(La Loca cesa de reir y mira a todos y a todas partes con desorbitados ojos de espanto.)* Si está usted loca, que la encierren... ¡Pues sí! *(El Empleado vuelve a sentarse y continúa la lectura del periódico.)*

M. DER. *(A la de la izquierda.)* Y diga, señora, si no es indiscrección: ¿a quién viene usté a ver?

M. IZQ. Al papanatas de mi marido, que está ahí dentro por na: por una pequeñez... *(Pausa.)* ¡Pena que les produce a algunos el que las celdas ésas estén deshabitadas! Que las saquen de ahí, si es que pué ser, y que las pongan en la calle con un letrero que

diga: «Se alquilan gratis», y verá usté qué pronto se llenan de gente que no tié na, ni casa, ni dónde caerse muerta... *(Entran más mujeres y dos hombres, todos los cuales toman asiento en los bancos.)*

M. DER. ¡Que lo diga usté, señora! ¡Que lo diga usté! *(Pausa.)* Y diga, si no es indiscrección: ¿qué hizo su marido?

M. IZQ. *(Señalando a los dos chicos que juegan a la taba en el suelo.)* ¡Condenaos!

M. DER. No; digo, si no es indiscrección, ¿eh?, que por qué delito está aquí...

M. IZQ. *(Furiosa.)* ¿A usté qué le importa? ¡Vaya! *(Se ponen a discutir.)*

ESCENA III

Dichos, la Romántica. Después, *Isabel.*

LA ROM. *(Entrando, al Empleado.)* ¿Tiene usted la bondad de decirme por dónde se va al pabellón de presos políticos?

EMPLE. *(Levantando del periódico la cabeza.)* ¿A quién viene usted a ver?

LA ROM. A Abel de la Cruz.

EMPLE. *(Señalando la puerta de la izquierda.)* Por esa puerta... Le dará usted una alegría... *(Entra por la derecha Lola (Isabel.)*

LOLA *(A la Romántica.)* ¡Mujer! *(Se abrazan y besan.)*

LA ROM. ¡¡Dichosos los ojos que te ven!! Desde que nos abandonaste, sin decirnos ni adiós,

no hemos vuelto a saber de ti. ¡Estás monísima! Se conoce que te va muy bien...

LOLA Regular. Pero estoy contenta. Creo que muy pronto empezaré a ser feliz...

LA ROM. ¡¡Dichosa tú!! Yo hablo de la felicidad como hablaría un mendigo de un millón de pesetas. Existe, eso sí, y yo la veo, y extiendo los brazos así, ansiosamente, para cogerla; ¡pero está tan alta, tan distante! Es la luna, que mis pueriles afanes pretenden alcanzar...

LOLA ¡Siempre romántica! *(Pausa.)* Oye, ¿y a quién vienes a ver?

LA ROM. Al pobre Abel de la Cruz. Hasta ayer no supe que estaba preso. Me lo dijeron unos amigos suyos...

LOLA ¡Bien pocos debe de tener, porque nunca ha venido ninguno a verle!

LA ROM. ¿Cómo lo sabes tú? ¿Es que vienes aquí con frecuencia?

LOLA Todos los días, desde hace ya tres meses. No he faltado uno.

LA ROM. Y ¿a quién vienes a ver?

LOLA A mi novio.

LA ROM. Pero ¿está preso tu novio? Pues no hace aún ocho días que estuvo en casa de la Encarna preguntando por ti. Y antes había estado cien veces más. Te buscaba por todas partes como un desesperado. Me extraña que esté preso...

LOLA *(Con terrible inquietud.)* Pero tú ¿a quién te refieres?

LA ROM. *(Con naturalidad.)* ¡Toma! ¿A quién me he de referir? A tu novio: al Niño de Vélez...

LOLA *(Con terror.)* ¡¡Por Dios, no lo vuelvas a nombrar!!! Tiene maleficio para mí ese nombre. El otro día también me lo mentaron y

sufrí un disgusto muy serio. Me pasaron cosas muy desagradables... *(Pausa.)* Ese canalla no es ya mi novio.

LA ROM. ¡Pues bien que le querías!

LOLA *(Exaltada.)* Yo no sé si le quería o si le aborrecía. Lo cierto es que si me lo nombran o si me lo imagino, siento así como si alguien me echase las manos al cuello y apretase y me sacase toda la vida por la boca.

LA ROM. ¡¡Qué atrocidad!!

LOLA Me tenía cogida, agarrada como unas zarpas. Pude escapar de él y... ¡vamos, que a veces, por huir de su recuerdo, siento ganas de quitarme la vida! ¡¡El daño que me hace su pensamiento!! Es como un escorpión que llevo hincado en la frente...

LA ROM. Pues él te busca y jura que cuando te encuentre...

LOLA *(Suplicante.)* ¡¡Calla, por Dios!! ¡¡Calla!! Por lo que tú más quieras.

LA ROM. Perdóname, mujer. No sabía... *(Pausa.)* ¿Y quién es ahora tu novio? ¿Le conozco yo?

LOLA Sí que le conoces. El pintor León; aquél que me hizo este dibujo. *(Saca el dibujo de entre el pecho y la blusa y se lo enseña.)*

LA ROM. ¡Ah, sí! ¿Y está preso? ¿Qué hizo?

LOLA Quererme como yo no merecía; portarse conmigo como nadie se ha portado nunca. Tirar de mí con fuerza y sacarme del pozo en que vivía y soltarme y dejarme en unos caminos muy nobles. Es muy largo de contar...

LA ROM. Pero por lo que me has dicho no se mete a nadie en la cárcel.

LOLA Es que... Mira: Como él era muy pobre, me dió primeramente su alma y su libertad

después... Pero ya te dije que es muy largo de contar lo sucedido...

LA ROM. Pero si no tiene dinero...

LOLA *(Con el alma.)* Ni un céntimo. Pero ganará todo lo que quiera, porque tiene mucho talento. Es un gran pintor. Yo no entiendo gran cosa de pintura, pero creo en él con los ojos cerrados... Aunque todo eso para mí es lo de menos. Lo único que quiero es... que sea dichoso, ¡feliz!, que triunfe, que viva..., que la tierra sea un cielo para él. ¡Así le quiero yo de bien! ¡¡Yo no sé de qué modo le quiero...!! Y hoy estoy contenta porque le traigo una gran noticia.

LA ROM. ¿Cuál?

LOLA Que mañana probablemente le pondrán en libertad. No sabes lo que he trabajado por conseguirlo; cerca de tres meses llevo buscando recomendaciones y atando influencias. Hasta que hoy, el abogado que le designé yo misma, me ha asegurado que mañana saldrá. ¡¡Estoy más contenta!!

LA ROM. ¿Y piensas irte a vivir con él?

LOLA ¡Como que antes de entrar en esta sala subí a la Dirección de la Cárcel y dejé mil quinientas pesetas que pude reunir, tú ya puedes figurarte cómo, encargando que mañana, cuando salga León, se las den sin decirle quién las ha dejado! Claro que se lo figurará; pero... no es lo mismo. Mira, con ese dinero podremos alquilar un pisito modesto, comprar víveres para un mes o dos, y pinceles, y lienzos y pinturas. Y él se pondrá a trabajar, que es lo único que quiere, y yo... *(Gozosa.)* yo estaré siempre a su lado, mirándole, queriéndole, aspirándole...

Suena, ruidosa, una pequeña campana anunciando

la hora de la comunicación, que todos esperaban ansiosamente. El Empleado se pone de pie y da unas palmadas. La Loca de la risa pinchante se echa a reir y se abalanza, como las otras mujeres, sobre las rejas, abrazándose con avaricia a los barrotes.)

LOLA *(Impaciente y brincante.)* ¡Ay! ¡Ya! ¡Ya! Adiós... *(Va a ir hacia la reja.)*

LA ROM. Pero, mujer, despídete... *(Se besan con precipitación. Lola (Isabel) se dirige a comunicar, situándose en el centro del locutorio. La Romántica hace mutis por la puerta de la izquierda.)*

EMPLE. *(Reprendiendo a la Loca de la risa.)* ¿Ya tenemos la de siempre? ¡Haga usted el favor! *(Colérico.)* ¿No me oye? *(La Loca, atacada, no cesa de reir.)* ¡¡Esto es intolerable!! ¡¡Hala, fuera!! Le prohibo que comunique... *(Por el interior del locutorio aparecen los presos, que llegan en fila. El Empleado tira con violencia de la Loca.)*

LA LOCA *(Agarrándose con furia a los barrotes y señalando con trágicos movimientos de cabeza a uno de los presos.)* ¡Aquél...! ¡Aquél! ¡Hijo! ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji!

EMPLE. *(Consiguiendo arrancarla.)* ¡¡A la calle!!

LA LOCA *(Se tira al suelo y llora con llanto más siniestro que su risa.)* ¡No! ¡No! *(Se pone seria, sumisa. Los presos se han colocado ya, en silencio, detrás de la reja interior, y empieza la comunicación.)*

EMPLE. *(A la Loca, con indulgencia.)* ¡Ande usted, mujer, comunique, pero sin armar escándalo! ¡¡Que no la oiga!! *(La Loca se lanza a la reja y comunica con su hijo. El Empleado traslada la silla al lado izquierdo, se sienta y reanuda la lectura del periódico.)*

EÓN *(A Lola (Isabel.)* ¿No me engañas, Isabel? ¿Es verdad lo que me aseguras: que mañana saldré en libertad; que te tendré cerca de mí; que podré abrazarte, quererte, comerte?

OLA Te juro que es verdad, León.

EÓN ¡¡Qué buena eres, Isabel!! Me arrancaría de cuajo el corazón y te lo tiraría, así, por entre estos barrotes odiosos que nos separan... ¡¡Como se tira una rosa!! *(Pausa.)* Pero no puedo tirártelo, porque no lo tengo yo. Tú me lo cogiste y lo guardas.

OLA Pero puedes tirarme el mío. ¡Tú si que me cogiste el corazón! ¡Sin corazón no se puede vivir, y eso lo creo yo, porque, cuando estoy lejos de tu lado, cuando tú me faltas, me parece que me falta todo, que no vivo, que estoy más muerta que mi propio cadáver...!

EÓN Eso me pasa a mí, que tengo hambre de tu cariño...

OLA Y yo de todos los tuyos: quiero ser tu mujer, tu compañera, tu hermana pequeña y tu hermana mayor, todo al mismo tiempo. Quiero tu alma, tu pasión, tu mimo, tu ternura, tu alegría, tu dolor...

EÓN En mi vida ya no hay dolor. El dolor era un pajarraco muy negro, que graznaba siniestramente sobre mi cabeza. Mis días estaban como apagados, y el pájaro lúgubre no se cansaba de volar y de chirriar igual que un murciélago entre los lutos de la noche. *(Entra por la derecha el Niño de Vélez, cauteloso.)* Pero llegaste tú y encendiste mis días, y el pajarraco negro huyó... *(Descubre*

la presencia del niño de Vélez y lanza un grit tremendo.) ¡Ah!

LOLA *(Vuelve la cabeza, y al ver al Niño, que v lento y amenazador hacia ella, se tira de rodi llas al suelo e implora.)* ¡No me hagas daño Niño! ¡Ten lástima de mí!

LEÓN *(Sacudiendo rabiosamente los barrotes.)* ¡Cobarde

EL NIÑO *(Hiriendo a Isabel en la cara con una na vaja, antes de que pueda evitarlo el Empleado que se dirige a él.)* ¡Toma!

LOLA *(Tapándose la cara con las manos.)* ¡Ay! ¡Me ha cortado la cara! *(No cesa de llorar hasta e final del acto. El Empleado sujeta al Niño co la ayuda de los otros hombres. La Loca romp a reir furiosamente.)*

EL NIÑO *(Cínico.)* No es nada, señores... La he desfi gurado un poquitín la cara para que se quede algo feilla y no pueda ganar dinero para otros. El Niño de Vélez me llaman..

LEÓN *(Golpeando los barrotes con la cabeza.)* ¡¡Y que no pueda envenenarme bebiéndote la sangre!! ¡¡¡Dios!!!

TELÓN

ACTO CUARTO

TITULO: EL ALMA SUICIDA

Gabinete lujoso. Al fondo, mirador a la calle, abierto. Puertas practicables a los lados. Al levantarse el telón, Lola (Isabel) estará asomada al mirador. Se oye la música lejana de un organillo verbenero.

ESCENA I

Lola (Isabel) vendado el rostro. Después *León.*

LEÓN *(Entrando y llamando.)* ¡Isabel!

LOLA ¿Qué quieres?

LEÓN ¿Qué haces, mujer?

LOLA Estaba viendo la verbena. Ven. *(Acompañándole hasta el mirador.)* Fíjate... ¡Cómo está la calle! ¡Cuánta gente! *(Pausa.)*

LEÓN Tanto ruido me aturde... Cierra ese mirador, ¿quieres? *(Isabel cierra el mirador y cesa el organillo. Pausa.)* Oye, Isabel, me da no sé qué verte con esa venda. ¿Por qué no te la quitas? Si ya estás curada, mujer...

LOLA Si tú quieres, me la quitaré; pero no me gustaría que me vieses la cicatriz. Estoy muy fea...

LEÓN ¡Bah! En fin, no te la quites... *(Pausa.)* Oye, Isabel, ¿no sabes?, los periódicos dicen lo del banquete. ¿Cuál quieres leer? ¿Este? Lo mismo da uno que otro. Toma. *(La entrega un periódico.)*

LOLA ¡Ah, ya lo veo! ¡Qué bien! *(Leyendo en alta voz.)* «Con motivo del triunfo obtenido por el genial pintor León, autor de un maravilloso retrato, titulado «La señorita Sagrario», verdadero acierto definitivo que señala en la era actual del arte pictórico un nuevo e ignorado camino de elevadas y difíciles selecciones, numerosos amigos y admiradores de dicho artista han acordado homenajearle con un banquete que se celebrará esta noche, a las diez, en el Palace Hotel.» *(Palmoteante.)* ¡Huy! ¡Mira que se porta bien contigo el papá de la señorita Sagrario! Todo esto es cosa de él...

LEÓN De él y mía. Porque si yo no pintara bien...

LOLA ¡Claro! Si tú no fueras un artista muy grande, él no te protegería. Pero es muy bueno. *(Pausa.)* Oye, y al banquete, ¿irá mucha gente, no? ¡Qué bien! Y mujeres muy guapas que me tendrán envidia... ¡Bésame! *(León la besa en una mejilla.)* No; aquí, en la otra mejilla, en la rajada, en la fea...

LEÓN *(Besándola.)* ¡Mejor, tonta! *(Pausa.)* ¿Estás contenta, Isabel?

LOLA Sí.

LEÓN *(Fervoroso.)* ¡Quiero que estés siempre muy contenta! *(Pausa.)* Te lo debo todo; te lo debo todo. ¡¡Quiero que estés siempre muy contenta, Isabel!!

LOLA No me digas que me lo debes todo. Nada me debes. ¡Yo a ti sí que te debo! Te debo la felicidad... ¿No me notas qué contenta estoy? Pero no me digas que me lo debes todo...

LEÓN *(Entusiasmado.)* ¡¡Todo te lo debo!! ¿Por qué no he de decírtelo? *(Devoto.)* Aun no hace un año que salí de la cárcel, y ya podemos cantar tú y yo nuestra primera victoria, que es decisiva. Cantémosla con besos. ¡Déjame, mujer, que te bese! No; dame la otra mejilla, la rajada, la más mía de las dos tan mías... ¡Tú me has guiado y conducido como un ángel providencial y blanco; tú, que llevabas en las alas tanto barro! Y he llegado gracias a ti... ¿Te duelen mis besos? ¡Te lo debo todo! ¡Te lo debo todo! *(Suena un timbre.)* ¡¡Quiero que seas la más dichosa de las mujeres!!

LOLA ¡¡Si lo soy!! *(Pausa.)* Oye, no te entretengas, que a las diez tienes que estar en el Palace.

LEÓN *(Mirando el reloj.)* Tengo tiempo de sobra: no son más que las nueve...

ESCENA II

León, Abel de la Cruz y Periodista.

LOLA *(Jubilosa.)* ¡Abel! ¿Cuándo has salido de la cárcel?

ABEL Hace ya unos meses.

LEÓN *(Abrazándole.)* ¡Hola! ¡Y sin venir por aquí!

ABEL — Pero no me diréis que me olvido de vosotros. *(A León.)* He leído en la Prensa que te van a dar un banquete esta noche y aquí me tienes. ¿Cuánto cuesta el cubierto?

LEÓN — Quince pesetas, creo...

ABEL — *(Presentándole una mano.)* ¡Vengan! Yo no puedo faltar; no debo faltar... *(León le da el dinero, risueñamente.)*

PERIO. — *(Sonriente.)* ¡Este Abel de la Cruz!

ABEL — *(Fijándose en el periodista y presentándole.)* ¡Ah! Te advierto, León hermano, que, aunque no tengo dinero, soy millonario en gratitudes: Te presento a este ilustre periodista, famoso confesor de vidas, que te hará una interviú y te dará mucha gloria...

LEÓN — Gracias, Abel.

PERIO. — Yo siento por Abel de la Cruz una gran simpatía, y hago gustoso cuanto me pide. Es un gran muchacho: la figura más interesante de nuestro Madrid contemporáneo. El último bohemio...

ABEL — *(Al Periodista.)* Muy agradecido...

LOLA — *(A Abel de la Cruz.)* ¿Dónde vives ahora, Abel?

ABEL — Calle de Ceres, número cuatro. No os ofrezco la casa, porque... Porque es la más horrible de Madrid. Yo vivo en ella por dos motivos poderosos: porque me lo consiente la dueña, que es tuerta, aficionada a las lecturas y generosa, y porque tengo allí una novia fea, que se moriría de frío si yo no la abrigara un poco todos los días con mis ternuras heroicas...

LOLA — ¿Y la Romántica?

ABEL — Se la come la tierra: Murió en el hospital... *(Lola (Isabel) se limpia unas lágrimas.)*

LEÓN — No sales nunca de los burdeles...

BEL Ni vosotros, los que vivís en la buena vida, tampoco. La vida, toda la vida, la buena como la mala, no es más que un burdel, un gran burdel. Es imposible vivir sin mancharse... Cuando salgo a la calle, yo, señores, chapoteo...

'ERIO. *(A León.)* Bueno, con permiso de Abel, ¿de qué modo conoció usted al millonario?

LEÓN ¿A quién se refiere usted?

ABEL Al padre de la señorita del retrato, hombre...

'ERIO. Al que le protege a usted...

LEÓN ¡Ah, pues verá usted! Le conocí... por casualidad.

LOLA Providencialmente. Un día que llevó un cuadro a vender a cierta tienda de la calle del Prado, donde había ya vendido otros...

LEÓN Sí. Y el amo de la tienda me dijo que fuera a ver inmediatamente a un señor que quería conocerme. Y fuí. El señor era el millonario que dice usted: el padre de la señorita Sagrario. Me recibió con alegría y me dijo lo siguiente: «He comprado todos los cuadros que usted ha malvendido en la tienda de la calle del Prado. Entiendo bastante de pintura y soy un fervoroso admirador de usted. Quiero que pinte el retrato de mi hija. Ponga usted el alma en su trabajo y hará una obra genial. ¡Sin prisas! ¿Eh? Soy millonario y le pagaré muy bien... Tenga esto como anticipo.» Y me entregó cinco mil pesetas.

PERIO. Es curioso. Es curioso. Y diga: ¿usted no había pintado antes otros retratos?

LOLA *(Mostrando el dibujo que León le hizo en la mancebía.)* ¡Mire qué dibujo más bonito me hizo a mí...!

LEÓN No vale nada, mujer.

PERIO. Es muy hermoso... Pero yo digo retratos a óleo.

LEÓN No, señor; no había podido pintarlos porque, antes de conocer a mi generoso bienhechor, no disponía de estudio: vivíamos ésta y yo en un piso modesto, oscuro, de los barrios bajos, y como, por otra parte, las imperiosas exigencias de la vida me obligaban a consagrarme por entero a pintar cosas que tuvieran una fácil e inmediata salida para malvenderlas...

PERIO. Comprendo; que no le era posible a usted dedicarse a una obra seria. *(Suena el timbre.)*

LEÓN En efecto. Pero ya con las cinco mil pesetas que me dió en calidad de anticipo el padre de la señorita Sagrario, alquilé este piso y...

ESCENA III

Dichos. Padre de la señorita Sagrario.

DONCE. *(Anunciando.)* Señorito: el papá de la señorita Sagrario.

EL PA. ¡Hola, hijo! ¿Qué hay? *(Todos se ponen en pie, respetuosos.)*

LEÓN ¡Qué sorpresa!

EL PA. Tú lo has dicho. A eso vengo precisamente: a darte una sorpresa. Pero, por lo que veo, estás muy ocupado... Y te olvidas de que a las diez debemos estar en el Palace...

LEÓN No me olvido. Son las nueve y media...

(Presentando.) El señor, ilustre periodista, que está haciéndome una interviú...

PERIO. Acabando de hacérsela.

LEÓN Abel de la Cruz, más que amigo, hermano... Isabel... *(Vacila.)*

LOLA *(Rápida.)* Hermana.

LEÓN Hermana.

EL PA. ¡Bueno, hijo, bueno! Yo quisiera hablar a solas contigo unos minutos... Si estos señores fueran tan amables que me lo consintieran.

LOLA ¡Ya lo creo!

PERIO. Yo, realmente, nada tengo que hacer aquí. Con estas notas tengo suficientes datos.

ABEL Bueno, pues vámonos. *(Mutis del Periodista y de Abel por la izquierda. Mutis por la derecha de Isabel, que se queda en la puerta, afanosa de escuchar, procurando ocultarse totalmente en los momentos en que su presencia corra el riesgo de ser descubierta por los interlocutores.)*

EL PA. Bueno, hijo, escucha. Yo, que he vivido mucho, soy comprensivo. Y lo sé todo...

LEÓN ¿Qué lo sabe usted todo? ¿Qué es lo que sabe usted?

EL PA. ¡Bah, no te hagas el tonto! Si no vengo a reprenderte; al contrario... vengo, ya te lo dije, a darte una sorpresa... Pero sonríete, hijo; alégrate... Mira, cuando descubrí tu talento, me apresuré a darte el triunfo, a traerte los laureles de la gloria... Ahora te traigo una cosa mejor: la felicidad...

LEÓN ¿Qué me dice usted?

LL PA. Escucha. Hace tres años que soy viudo. Mi hija Sagrario, ese ángel de belleza y candores, tenía quince años cuando se quedó sin madre. Y yo he procurado suplir, para los cuidados y desvelos que requiere la felicidad de la criatura, la falta del celo materno. Sa-

grario ha tenido centenares de pretendientes: es guapa y yo soy millonario...; pero no le he permitido nunca tener amoríos; quería yo que se casase bien casada, con un hombre de su gusto...

LEÓN ¡Oh, pero...!

EL PA. Calla, hijo, calla... Para mí es una satisfacción inmensa que ese hombre de su gusto sea un artista genial, un hombre de tus méritos... Que seas tú, vamos...

LEÓN Es que yo...

EL PA. No me digas nada, hijo. Ya te dije antes que, como he vivido mucho, soy comprensivo... Yo sé que ella también te gusta, aunque hayas procurado ocultarlo, no darlo a entender... ¡Ja! ¡Ja! ¿Es que temías ofenderme? ¡Cómo se conoce que no me conoces bien!

LEÓN No sé lo que me pasa. Yo... Yo le diría a usted...

EL PA. Estás verdaderamente emocionado. ¡Es natural! ¡¡Bueno, hijo, bueno...!! ¿Sabes que yo también estoy emocionado? Pero ¡qué! ¿No estás contento?

LEÓN Sí, señor... la señorita Sagrario es muy guapa y muy buena. La señorita Sagrario...

EL PA. Nada de señorita ya. Sagrario a secas. Tenéis mi consentimiento para quereros... Anda, que son cerca de las diez. Vámonos al Palace. Abajo tengo el automóvil. En dos minutos nos plantamos allí... ¿Qué te pasa, hombre? ¡Anda!

LEÓN *(Decidido.)* ¡Vamos...! *(Hace sonar un timbre y entra la doncella. A la doncella.)* Tráeme el abrigo y el sombrero y di a la señorita... *(Pausa.)* No le digas nada a la señorita

(Pausa.) Tráeme el abrigo y el sombrero... *(Se queda unos segundos ensimismado.)*

EL PA. Pero ¿qué tienes? Estás demasiado pensativo, demasiado triste. *(Grave.)* ¿Es que no te gusta la señorita Sagrario?

LEÓN *(Lloroso.)* Es que yo no me atrevo a decírselo. Pero usted es como mi padre y no debo ocultarle nada. La señorita Sagrario me gusta mucho... ¡mucho! Pero yo vivo con una mujer, y... *(Entra la doncella con el sombrero y el abrigo, de etiqueta, que le ayuda a ponerse.)*

EL PA. ¡Si también lo sé, hijo! Por eso, cuando me dijisteis que erais hermanos, me hice el tonto... Como he vivido mucho, soy comprensivo... Mira, estoy enterado de todo... Vives con una desgraciada. Se la indemniza y en paz. No todos pueden indemnizar a sus amantes... *(Van haciendo mutis por la izquierda. León, como sin voluntad, se deja arrastrar por el padre de la señorita Sagrario.)*

ESCENA IV

Lola (Isabel). Después *Abel de la Cruz.*

(Entra Lola (Isabel) por la derecha, sin poder andar casi, al mismo tiempo que se van los otros, y se deja caer en una butaca.)

LOLA *(Repitiendo palabras de León.)* La señorita Sagrario me gusta mucho... ¡mucho! Pero yo vivo con una mujer y... *(Rompe a llorar con terrible amargura. Suena el timbre. Lola (Isabel) se serena.)*

ABEL *(Entrando por la izquierda.)* ¿Qué le pasa a León? Acabo de cruzarme con él por la escalera. Iba llorando como un chiquillo... *(Pausa.)* Y tú también estás llorando. No lo disimules. ¿Qué os pasa...?

LOLA Nada, Abel... Pero ¿por qué has vuelto?

ABEL Porque quiero saber qué le pasa a León. Le estaba esperando en la puerta para acompañarle al banquete, y le he visto llorar desconsolado... Dime, Isabel: ¿qué le pasa al pobre León?

LOLA *(Echándose llorosa en sus brazos,)* ¡Abel, tú que eres como un hermano mayor mío, acónséjame bien!

ABEL ¿Habéis regañado?

LOLA No; no hemos regañado.

ABEL Entonces... Bueno, tranquilízate. Todo se arre-

glará. Cuéntame. *(Se sienta al lado de ella.)*

LOLA Es lo que quiero yo con toda la fuerza de mi voluntad: que se arregle todo... que León sea completamente feliz, que no sufra nada, que viva en esta vida como en un paraíso de gloria y de amor... Otra cosa no quiero yo, Abel. Porque le llevo tan dentro de mí, que no siento ya por mí misma, sino por medio de él: y no sufro mi dolor ni gozo mis alegrías, sino que sufro con su dolor y con sus alegrías gozo...

ABEL ¡Noble cariño! Así debe ser: heroicamente desinteresado...

LOLA Y así es mi cariño, el que profeso a León, te lo juro. *(Pausa.)* Oye, Abel: aconséjame con lealtad.

ABEL Di.

LOLA Si yo, que voy acompañando como de la mano a León por la senda de su felicidad; si yo, que le guío como un ángel de la guarda, descubriese en la senda algún obstáculo, ¿qué tendría que hacer?

ABEL Librarle de él.

LOLA ¿Y si ese obstáculo fuese yo misma?

ABEL ¿Qué dices, Isabel? León te quiere con toda su alma.

LOLA León me quiere con toda su alma... como a una hermana. De otro modo, no me quiere León... porque no puede quererme: soy fea con esta cicatriz horrenda que me desfigura la cara... *(Se quita la venda, que tira al suelo, y le muestra la cicatriz.)*

ABEL No digas eso. León se ha portado siempre muy bien contigo...

LOLA Si no lo niego. Pero ha sido... ¡por lástima! Por lástima me tomó cariño; por lástima quiso redimirme, sacándome del prostíbulo;

por lástima se sacrificó por mí..., y por lástima será muy capaz de sacrificarse de nuevo, tirando la felicidad que su bienhechor, el papá de la señorita Sagrario, le pone en las manos... Y eso es lo que yo no puedo, lo que no debo consentir...

ABEL *(Con extrañeza.)* Pero ¿qué es lo que dices? ¿A qué te refieres? Yo no sé nada.

LOLA Desde ese cuarto lo he oído todo. El bienhechor de León quiere casarle con su hija única, y León, luchando con la gratitud que siente por su protector y con el cariño misericordioso que me profesa a mí, duda, vacila, sufre, llora... Pero yo no quiero que tire esa dicha. Yo no quiero ser un estorbo...

ABEL ¿Y qué piensas hacer?

LOLA Abandonar ahora mismo esta casa; huir de León, esconderme de él... dejarle el camino de su felicidad libre de obstáculos...

ABEL ¡Oh! Desecha esa idea. Le darías un disgusto tremendo.

LOLA Es verdad. Le daría un disgusto muy grande... Y yo no quiero que él sufra nada, nada... ¿Qué haría yo, Abel? *(Suplicante.)* ¡¡Aconséjame!!

ABEL ¿Qué quieres que te aconseje? Creo que te inquietas demasiado. León, por no abandonarte, no se casará con Sagrario...

LOLA Pues ése es el temor que a mí me destroza el alma; ése es el miedo que a mí me araña en el corazón. ¡¡¡Yo quiero que se case para que sea feliz!!! ¡¡¡Se aman!!! ¡¡¡Se aman los dos!!! *(Riendo, iluminada como por el resplandor de una gran alegría íntima.)* ¡Ah! ¡¡Qué idea!! *(Arrodillándose y abrazándose a las rodillas de Abel de la Cruz.)* ¡¡Abel, júrame que me ayudarás!!

ABEL ¿Qué quieres?

LOLA *(Levantándose.)* Quiero hacer creer a León que su compañía me aburre, que mi amor era fingido, que soy... una mujer perversa; que no merezco su cariño, ni su lástima, ni la más pequeña de sus preocupaciones, ni la más insignificante de sus inquietudes. Para que no sufra nada...

ABEL Eso es imposible...

LOLA No es imposible, no... Le escribiré una carta, insultándole, y diciéndole que me voy con el Niño de Vélez...

ABEL ¡Oh! Pero yo no puedo...

LOLA *(Jubilosa.)* Sí, con el Niño de Vélez... Y tú le dirás a León: «Olvídala. Todas las mujeres de esa clase son lo mismo. ¡Bah!» Y él me olvidará... Y yo seré feliz con mi dolor... Y cuando la desgracia me pese demasiado y no pueda llevarla, iré a verte, y tú me hablarás de León ya dichoso...

ABEL No puedo, no debo...

LOLA *(Decidida y arrodillándose.)* Si no me ayudas, me mataré. Te lo juro...

ABEL Haz lo que sea. *(Pausa.)* Ya es muy tarde: yo no puedo faltar al homenaje de León.

LOLA Vete.

ABEL Adiós. *(Mutis de Abel de la Cruz.)*

ESCENA V

Lola (Isabel)

(Al quedarse sola, hace sonar un timbre, con trémula nerviosidad. Entra la Doncella. A la Doncella.)

LOLA Puedes acostarte. Yo esperaré al señorito y... abriré la puerta cuando llegue... *(Mutis de la Doncella. Isabel, visiblemente emocionada, pasea dolientes miradas de despedida sobre todos los muebles y objetos, alrededor de la estancia. Se sienta y rompe a llorar con angustia. Bruscamente se yergue, haciéndose fuerte, y sin sentarse, se inclina sobre una pequeña mesa-escritorio que habrá, y escribe en un papel, que luego abandona, unas breves palabras, con celeridad nerviosísima y angustiosa. Después besa con pasión y lágrimas un retrato de León. Mira hacia la puerta de salida. No se decide a marcharse: le flaquea la voluntad; le tiemblan las piernas y el alma. Como para respirar, porque se ahoga, abre atolondradamente el mirador y vuelve a oirse la música del organillo verbenero. Por fin, hace un supremo esfuerzo heroico*

y abandona la casa sigilosámente, cayéndose a cada paso que da, oprimiéndose el pecho, agarrándose a las paredes. Al hacer mutis.) ¡Verbena! ¡Verbena! ¡¡Cómo se divierte la gente!!

TELÓN

ACTO QUINTO

TITULO: EL AGUA-FUERTE DEL COLLAR DE ROSAS

Sala de burdel sórdido. Mesa redonda, cubierta con hule. Sillas malas. Al fondo, una cómoda, y en la pared, un gran cromo de la Virgen del Carmen. Sobre la cómoda, debajo de la estampa, una lamparilla de aceite. A la derecha, una gran cortina roja, semicorrida a la entrada de un dormitorio, que se ve desde el público. A la izquierda, puerta practicable a un pasillo. Al levantarse el telón se encuentran en escena el Ama y tres pupilas más, todas —menos el Ama— vestidas con chambra roja. Están sentadas alrededor de la mesa. Una de ellas lee una novela voluminosa. El señor Paco se está afeitando dentro del dormitorio de la cortina roja.

ESCENA I

Ama (tuerta). *Tres pupilas* (una de ellas lectora). El *señor Paco.* Después *Antonia.*

LECTO. *(Leyendo.)* «El vizconde, gallardo, se hincó de hinojos ante la bella campesina, cuya amplia y abundante cabellera estaba formada con dorados rayos de sol, y cuyos dos ojos tenían fulgores de estrellas.—El amor, señora mía —exclamó el aristocrático galán—, es un ángel que desciende del cielo

para alojarse en los humanos corazones, convirtiéndolos en trono de su realeza celeste. El amor...»

PACO *(Entrando en la sala desde el dormitorio de la cortina roja, que descorre totalmente.)* Me voy a la calle.

EL AMA ¿Te has afeitado ya?

PACO Sí... *(Pausa.)* Oye, dame unos céntimos, que no llevo un real.

EL AMA Espérate que suba la Antonia con la vuelta. Bajó por unos churros. No puede tardar. *(A la lectora.)* Anda tú, sigue... *(El señor Paco se sienta a la mesa, toma en silencio los naipes que habrá, dispersos, y se entretiene tirando solitarios.)*

LECTO. *(Leyendo.)* «Pero no pudo continuar. Porque el pastor, fornido, que estaba oculto detrás de la Peña de la Muerte, lanzó un fiero rugido de indignación, y arrojóse como un tigre sobre el vizconde. El aristócrata trató de gritar, intentó pedir auxilio, socorro, pero no pudo... —¡Ay!—dijo solamente al desplomarse—. Y el pastor robusto, enrojecido por la ira...»

LA ANT. *(Entrando por la izquierda.)* Los churros...

EL AMA ¡Qué oportunidá!

LA ANT. Tenga usté la vuelta.

EL AMA ¡Cállate, mujer! Deja que acabe el capítulo... *(Se sienta la Antonia. A la Lectora.)* Anda, sigue...

LECTO. *(Leyendo.)* «Y el pastor robusto, enrojecido por la ira...»

PACO *(A la Antonia.)* Trae p'acá la vuelta.

EL AMA *(Furiosa por la nueva interrupción. A la Antonia.)* ¡Dásela! *(Al señor Paco.)* ¡Anda, vete y déjanos en paz!

PACO *(Yéndose.)* Adiós. *(Mutis.)*

LECTO. *(Leyendo.)* «Y el pastor robusto, enrojecido por la ira...»

EL AMA *(Interrumpiendo, con impaciencia.)* Eso ya está...

LECTO. *(En voz baja, como leyendo para sí.)* «Y el pastor robusto, enrojecido por la ira... *(En voz alta ya.)* disparó al adversario agónico las centellas de un odio profundo, y exclamó: —¡He matado al ladrón de mi honra! ¡He matado al ladrón de mi honra!» *(Cierra el libro y lo deja sobre la mesa.)*

EL AMA ¡Qué novela más bonita! Esta me gusta más que «María o La hija del jornalero»... *(A la Antonia.)* Acerca el aguardiente, tú...

PUP. 1.ª Yo, lo del vizconde lo veía ya venir.

EL AMA Andad; comed los churros... *(Aporrean la puerta.)*

LA ANT. Va. *(Sale a abrir.)*

EL AMA *(Suspirando.)* Gracias a Dios que viene alguien. ¡Alante quien sea...!

ESCENA II

Dichos, menos el *señor Paco. Lola (Isabel).*

LOLA *(Entrando.)* Es una servidora...

EL AMA *(Contrariada.)* ¡Pues sí! Mujeres me sobran, hija... *(Pausa rápida.)* ¿Qué tienes en la cara?

LOLA Perdóneme, no vengo... a lo que usted supone. Vengo a otra cosa.

EL AMA Usted dirá.

LOLA ¿Vive aquí Abel de la Cruz?

LECTO. *(Poniéndose de pie.)* ¿Le importa a usted mucho?

EL AMA *(A la Lectora.)* Calla, mujer, que preguntar no es pecao. *(A Isabel.)* Aquí no vive más hombre que el mío...

LOLA ¿No es éste el número cuatro de la calle de Ceres?

EL AMA ¡Claro que sí! Pero Abel de la Cruz vive en las nubes. Aquí duerme no más, porque yo se lo consiento. Me da lástima el chico. Usted, señora, no me conoce; pero yo tengo un corazón que no me lo merezco...

LECTO. *(A Isabel.)* Bueno, ¿pa qué le quiere usted? ¡Si se pué saber, vamos!

LOLA Sí que puede saberse.

EL AMA *(A Isabel.)* Usté disimule. Es que ésta es su novia. ¡Yo que lo consiento!

LECTO. Y yo que le quiero. Paece mi vida. Si me falta, ni respiro...

LOLA Deseo verle, porque es mi hermano mayor y quiero que me aconseje. He dejado mi casa y he tirado mi vida fuera de mí, y estoy que me caigo de tanto como me pesan mis pesares... *(La pupila lectora se sienta.)* No sé adónde ir ni qué hacer. Tengo ganas de estar tumbada y de poder llorar a gusto; de poder soltar por los ojos toda la sangre de mi corazón derretido...

EL AMA Pues Abel de la Cruz no está. Espérale si quieres.

LOLA No puedo estar de pie ni sentada. Estoy enferma. Déjeme usted que me acueste en cualquier cama. Le pagaré lo que sea. Mire: traigo dinero...

EL AMA Bueno; pues échate ahí en ese cuarto de la cortina roja...

A *(Dirigiéndose al dormitorio.)* Gracias. Cuando venga Abel que me llamen.

AMA Un duro te cuesta por toda la noche.

A Téngalo. *(Saca un duro del portamonedas y se lo entrega al Ama. Después penetra en el dormitorio de la cortina roja, se tumba sobre el lecho de bruces, y se tapa la cabeza con la almohada. El Ama suena el duro sobre la cómoda y vuelve a sentarse.)*

AMA *(A la Antonia.)* Lo mejor que puedes hacer tú, Antonia, es salir con dos de éstas a dar una vueltecita...

ANT. Están los agentes de vigilancia que paecen galgos. A la Rosa se la llevaban antes a la comisaría, y a cuatro más... El peor de todos es el Bizco. ¡Qué Bizco ése! A mí me tiene ganas no sé por qué.

AMA ¿Y qué quieres que yo le haga? No viene nadie... *(Soliloqueando.)* La verdá es que si no fuera por esa Virgen del Carmen que me ayuda, yo no sé lo que pasaría aquí... ¡Todo está muy mal! ¡No hay oficio que dé na...! *(Pausa. A la Antonia, con muy mal humor.)* Pero ¿qué? ¿No os movéis? ¡Hala! ¡A la calle! ¡Pues sí...! *(Mutis de la Antonia y de dos pupilas.)*

ESCENA III

El Ama, Lectora. En el dormitorio, *Isabel.*

EL AMA Me paece a mí que la Antonia ésa tié negra... Desde ayer tarde que vino, no ha ganao un chavo en esta casa. *(Sirvien aguardiente.)* Anda, toma; sopla... ¡Uf, q fuerte! Cal viva. Quema...

LECTO. Sí que es verdá... *(Pausa.)*

EL AMA Te lo digo yo, que la Antonia ésa tié negra. Ya ves, y no la echo...

LECTO. Porque tié usté un corazón que se le sal

EL AMA Tú sí que dices verdá. *(Pausa. Sirvi ndo m aguardiente.)* Anda, toma; sopla... ¡Jesús, q perra vida! *(Pausa.)* Mira, lo mejor que p demos hacer es poner.e otra lamparilla a Virgen del Carmen. Anda, muj.r, enciéndes la... *(La Lectora obedece. El Ama se pone bostezar.)* ¡¡¡Ahahah...!!! *(Golpean barbarame te la puerta.)* Ya va... *(Va a abrir, tambaleá dose ebria.)* ¡Con la cabeza!

ESCENA IV

Dichos, Abel de la Cruz y León.

LEÓN *(Borracho. A gritos.)* ¡Homero! ¡Velázquez! ¡Beethoven! ¡Cervantes! ¡Víctor Hugo! No sois nada, nada, nada. Vuestra gloria es breve, es insignificante como un pitillo que la Eternidad se fuma... *(Isabel, al oir la voz de León, se sobresalta en el lecho.)*

EL AMA Es Abel de la Cruz que nos trae un borracho. ¡Sí que se arregla la nochecita...!

LECTO. *(Abrazándose al cuello de Abel de la Cruz.)* ¡Abel!

LEÓN Borracho de estupidez, porque todo el que sufre es un estúpido, y yo me he emborrachado de dolor... *(Pausa.)* Bueno, tú creerás que soy un ente vulgar, ¿no?

EL AMA Yo no creo nada. Déjame en paz...

ABEL *(Borracho. Al Ama.)* Trátale con consideración. Cuando yo te lo traigo...

LEÓN *(Mostrándole billetes de Banco.)* Tengo dinero... y todo: juventud, gloria, mujeres... *(El Ama sonríe.)*

EL AMA Pero siéntate, haz el favor.

ABEL *(También borracho. A su novia, empujándola.)* Déjame.

LEÓN *(Exaltado.)* Y no queremos tener nada.

ABEL Somos magníficos, como dioses, que hacen mundos y los tiran...

LEÓN Yo soy el mejor pintor del mundo entero. ¿Y qué? Pues nada. ¡¡No pasa nada!!

ABEL ¡¡¡Nunca pasa nada!!! La bola terráquea, que rueda, que rueda. ¡Ya se cansará...! *(La Lectora obliga a Abel, con mimos, a sentarse a su lado.)*

EL AMA *(A León.)* ¡Anda, hombre, siéntate!

LEÓN *(Sentándose.)* ¿Sabes de dónde venimos?

EL AMA ¿De dónde?

LEÓN De un banquete. Un homenaje que me han hecho. ¡A mí! ¿Eh? ¡A mí! ¿Qué creíais? Sólo que al regresar a casa con éste *(Por Abel de la Cruz.)*, un poco alegres, es la verdad, me encontré una carta cuyas letras son uñas que me arañan los ojos. ¡De mi mujer! Lo mismo que si lo fuera, vamos... Y éste *(Por Abel de la Cruz.)* me dijo: «Lo mejor que puedes hacer es olvidarla. Vámonos de juerga.» Y de juerga estamos... *(Pausa.)* ¡Qué cosa más aburrida es una juerga! Qué *(Al Ama.)*, ¿no tienes mujeres?

EL AMA Han salido; no tardarán en volver...

LEÓN Me desprecia una... golfa.

EL AMA Pues bien que eres guapo.

ABEL *(A León.)* No te acuerdes de esa mujer. Te he traído aquí para que la olvides.

LEÓN Es que no puedo... *(Pausa. Saca la carta que escribió Isabel al abandonar su casa.)* ¡Esta carta! *(Leyendo en voz alta.)* «León, me aburro a tu lado. Me voy con el Niño de Vélez. No me busques.—ISABEL.» *(Isabel se incorpora sobre el lecho y enloquece de inquietud. Mira a todas partes, como queriendo huir de sí misma. Llora.)* ¡¡No puede ser!! ¡¡Es que no puede ser!!

AMA ¿El Niño de Vélez? Lo mató la policía.

ÓN ¡¡Como que no puede ser!! ¡¡Dios, me quema la duda más que el alcohol que llevo dentro!! *(Apoya, como tronchado por la angustia, la cabeza despeinada sobre lás rodillas, y permanece en esta actitud largo rato.)*

CTO. *(A Abel de la Cruz.)* Oye, Abel: dime cosas de esas que tú sabes tan bonitas...

EL *(A León. Sin oir a la Lectora.)* ¡León! Oye, León...

ÓN *(Levantando la cabeza.)* ¿Qué?

EL *(Angustioso, vacilante, noble.)* Yo... francamente, chico...

ÓN *(Rotundo.)* ¡No me digas nada! ¡Nada me importa nada...! Dadme vino, o aguardiente. Lo que tengáis...

AMA *(Levantándose para servir aguardiente.)* Es un poco fuerte...

ÓN Y mujeres. Quiero una mujer. *(Mirando a la Lectora.)* ¿No hay más que ésta? ¡¡Vámonos a otro sitio!!

AMA Espera, hombre, espera. Ya te he dicho que tengo más. No tardarán en subir dos que son muy bonitas. *(Sirve el aguardiente el Ama, a Abel en vaso por no haber bastantes copitas. León vuelve a apoyar la cabeza sobre las rodillas.)*

ECTO. *(A Abel.)* Anda, Abel, dime cosas dulces...

BEL *(Arrodillándose y levantando el vaso del aguardiente como un cáliz. Con titubeos de borracho sentimental.)* Mi vida, todo yo, mujer, todo yo, Matilde, soy como un vaso, tan lleno de flores para ti, que rezuma perfumes.

ECTO. ¡Huy, qué bonito!

BEL Aspírame, hasta que me gastes; huéleme, hasta que me seques... Gústame... ¡Muérdeme la rosa magnífica del corazón! ¡Toma los claveles encendidos, los radiantes cla-

veles de mis afanes, y hazte un ramo, prréndetelo en el pecho...! *(Golpean la puer Abre el Ama.)*

VIEJA *(Entrando.)* La Antonia, que me manda de que el Bizco las ha cogido a ella y a otras dos, y que las ha llevao a la Comi ría. De modo que no las espere usté.

EL AMA *(Indignada.)* ¡Maldito Bizco! ¡Te ha de m der un perro con la rabia!

LEÓN *(Levantando la cabeza.)* Bueno, qué, ¿y es mujeres, suben?

EL AMA ¿No oyes lo que dice ésta? ¡El Bizco las ha llevao a la Comisaría! ¡Si tié negra esa Antonia!

VIEJA *(Al Ama.)* ¿Quiere usted algo?

EL AMA No quiero na... *(Mutis de la Vieja.)*

LEÓN Vámonos a otra casa...

LECTO. Vete tú, si quieres. Este no se va... *(Por Al de la Cruz, al que se abraza.)*

ABEL Es que no puedo dejarle solo, preciosa. I como un hermano mío y tiene muchas pena

LECTO. Ahora que habla de hermanos...

EL AMA ¡Ah! Sí. Díselo...

LECTO. Ahí, en ese cuarto, tiés también a una he mana que te espera...

LOLA *(En la alcoba roja.)* ¡Oh! ¡Me va a desc brir...! ¡No! ¡No! *(Lola (Isabel), incorporad sobre el lecho, descubre en la mesilla la navaj de afeitar del señor Paco y la contempla co muda y terrible fijeza.)*

ABEL ¿Eh? Yo no tengo hermanas...

LECTO. Tié una cicatriz en la cara... *(Con malicia.* ¿Es de nacimiento.

LEÓN ¡Oh! ¿Dónde está?

LECTO. *(A León.)* Espera, que la llame yo. ¡Cicatriz *(Lola (Isabel) se siega el cuello con la navaja y lanza un espantoso grito. En la agonía se en*

vuelve en la colcha. La Lectora, que entra en el cuarto rojo, seguida de León, sale corriendo y lanzando agudos gritos de terror.)

CTO. ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! *(Va a caer de rodillas frente a la cómoda y levanta las manos implorante hacia el cromo de la Virgen del Carmen.)* ¡Virgen del Carmen! *(Llora a gritos.)*

ÓN *(Desde el cuarto rojo.)* ¡Isabel! ¡Isabel! ¡Isabel! *(El Ama y Abel de la Cruz miran hacia dentro, lelos, idiotizados por la intensidad trágica del momento.)*

ÓN *(Abrazando a Lola (Isabel) con furia de loco.)* ¡¡¡Isabel!!!

L AMA ¡Se ha degollao! ¡Se ha degollao! *(Llora y tira la luz, de terror. La sala queda completamente a oscuras.)*

BEL *(Iluminado.)* ¡Silencio! ¡Mirad! ¡Mirad! ¡¡Yo veo un collar de rosas en su cuello!! ¡¡Santa!! ¡¡Santa!! ¡¡Santísima!!

TELÓN

NOTAS FINALES

El autor de «Santa Isabel de Ceres» quiere hacer constar que su obra se estrenó antes que en Madrid en el teatro Cervantes, de Sevilla. Interpretaron los principales papeles, en dicha capital, la notable actriz Conchita Robles y los excelentes actores Alfonso Tudela, que hizo genialmente, de un modo insuperable, el «Abel de la Cruz», y José María Monteagudo, que dió recia vida al «León».

También mencionaría con gusto a los restantes intérpretes; pero no le es posible hacerlo, por carecer de los programas en que figura el reparto.

OBRAS NUEVAS TEATRALES

DE VENTA EN ESTA CASA EDITORIAL

A 3 REALES EJEMPLAR

El Brujo.—Drama en 4 actos, de Jules Mary y Emile Rochard. Versión española de Ricardo Estrada.

La bella Cleopatra.—Comedia en 5 actos, de Pierre Decourcelle. Adaptación española de Ricardo Estrada.

Misterios de San Petersburgo.—Drama en 6 actos, de Pierre Decourcelle y Conde Stanislas Rzewuski. Adaptación española de Ricardo Estrada.

Los Niños del Hospicio.—Melodrama en 6 actos, de Gonzalo Jover y Salvio Valentí.

Judas Iskariote, o El Milagro del Paso.—Sainete lírico en 2 actos, original de Luis Suñer y Ricardo Estrada.

Toreros de Invierno.—Comedia en 3 actos, original de Antonio Ferrer y Codina. Versión castellana de Ricardo Estrada y Luis Viola.

El Arco de los Penitentes.—Drama en 2 actos, original de Salvador Vilaregut, adaptado al castellano por Ricardo Estrada.

El Niño de las Monjas.—Comedia en 3 actos y en prosa, original de Juan López Núñez.

A 2 PESETAS

Los Amantes de Teruel, drama en 4 actos, en prosa y verso, de Juan E. Hartzenbusch; y **Vida por Honra,** drama en 3 actos, del mismo autor. (En un mismo tomo.)

OBRAS TEATRALES DEL EMINENTE AUTOR

JOSE FOLA IGURBIDE

DE VENTA EN ESTA CASA EDITORIAL

Los caballeros de la libertad.—Drama en 4 actos.
La ola gigante.—Drama en 7 actos.
El sol de la humanidad.—Drama en 7 actos.
La libertad caída.—(2.ª parte de «El sol de la humanidad»).
La muerte del tirano.—(2.ª parte de «La libertad caída»).
Giordano Bruno.—Drama en 5 actos.
Los Dioses de la mentira.—Drama en 3 actos.
Cristo contra Mahoma.—Drama en 5 actos.
La sociedad ideal.—Poema en 5 actos.
La domadora de leones.—Drama en 6 actos.
La máquina humana.—Drama en 5 actos.
El cacique o La justicia del pueblo.—Drama en 4 actos.
La duquesa fantasma.—Drama en 4 actos.
Joaquín Costa o El espíritu fuerte.—Drama en 3 actos.
El Cristo moderno.—Drama en 5 actos.
El monstruo de oro.—Drama en 5 actos.
El arte de enamorar.—Zarzuela en un acto.
Caín y Abel.—Drama en 3 actos.
Ilusión y realidad.—Drama en 3 actos.
Emilio Zola o El poder del genio.—Drama en seis actos.
Teresa.—Drama en 3 actos y en verso.
El clown.—Drama en 3 actos.
El hijo del aire.—Melodrama en 5 actos.
El mundo que nace.—Comedia en 3 actos.
El pan de piedra (el carbón).—Drama en 5 actos.